Latin castle

César M. Martínez

Latin castle

César M. Martínez

Muerte en el Este

César M. Martínez

A mi sobrina Isabel, no cambies sigue siendo tú.

El poder analítico no debe confundirse con el simple ingenio, porque mientras el analista es necesariamente ingenioso, el hombre ingenioso está con frecuencia notablemente incapacitado para el análisis.

Edgard Allan Poe.

Yo no diría que lo resolví de manera brillante, lo único que hice fue seguir un razonamiento analizando todas las pistas. Observar y razonar son dos constantes en mi vida que no puedo dejar, querido Watson.

Sir. Arthur Conan Doyle.

El mal nunca queda sin castigo, pero a veces el castigo es secreto.

Agatha Christie.

1

Habíamos realizado todo el camino en silencio, por suerte no fueron más de diez minutos bajo el abrasador sol de mediados de julio, hasta llegar a nuestro destino.

Era sábado por la tarde, cerca de las cuatro, y mi padre había ido a casa directo del trabajo para ir juntos a la cita. Una reunión que no me apetecía lo más mínimo pero que no podía evitar. Lo había dejado bien claro: no podía seguir malgastando el dinero que tanto le costaba ganar. Dos años en la universidad y solo había aprobado tres asignaturas. Aunque en parte no era solo culpa mía.

En 1992, el mismo año que las olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla, había comenzado mis estudios superiores, pero como le sucede a la mayoría de las personas que acaban la selectividad no tenía muy claro qué hacer. Me había decantado por ciencias y de ahí a las más técnicas. Aparejadores , también llamada arquitectura técnica, no parecía una mala opción pues me gustaba el dibujo lineal y hacer diseños de casas. Había hecho algunos proyectos en el *Autocad* pirateado que tenía, comprado en el rastrillo de Santa Cruz, y la opinión de mi madre, de mi hermano y de algunos amigos, había sido más que buena. Pero claro una cosa es lo que uno ve de lejos y otra cosa es la realidad. Desde que entré en aquel centro, situado junto a la Cruz de piedra en la Laguna, me sentí perdido y poco a poco me fui aislando, en gran parte debido a mi timidez. Más adelante comenzaría a dejar de asistir a clase comprando, en la fotocopiadora del recinto, los apuntes de cada asignatura. Así fue como de aprobar con más o menos buenas notas pasé a los suspensos. Era incapaz de aprenderme toda la temática de materiales de construcción y en física empecé a perderme hasta el punto de no ser capaz de responder ni la pregunta más sencilla de los exámenes.

El primer año aprobé álgebra y geometría descriptiva y en el

segundo año solo física, aunque en realidad creo que fue más un regalo de la profesora que el resultado de mis esfuerzos mentales.

El semáforo cambió y el peatón se volvió verde. Cruzamos la vía hacia la plaza Weyler. Miré el reloj llegábamos con cinco minutos de adelanto. En silencio, nos acercamos a la cafetería que allí se encontraba e inmediatamente un hombre se levantó de la silla donde se encontraba sentado. Levantó de manera casi imperceptible la mano y mi padre le devolvió el gesto con la suya, a la vez que aligeraba un poco más el paso.

Nuestro interlocutor se abotonó la chaqueta y se la alisó discretamente con ambas manos. Vestía un traje negro liso y una corbata del mismo color con unas discretas líneas amarillas diagonales. Su pelo blanco, la barba bien recortada y su peso equilibrado, así como su estatura de casi uno ochenta, le daban un porte elegante y una presencia de conde o marqués de los de las revistas del corazón.

—Buenas tardes Julio, ¿cómo estás? —saludó mi progenitor mientras tendía su mano abierta hacia su amigo—. ¿Y María?

Este le estrechó con fuerza la mano y esbozó una impecable y amplia sonrisa.

—Bien, gracias —respondió de manera formal pero honesta, luego giró su rostro hacia mí—. Tú debes ser Óscar ¿No?

El apretón fue rápido, enérgico y fuerte, dando a entender que era un hombre importante y seguro de sí mismo. Su acento me dio a entender que era catalán aunque hacía tiempo que vivía en las islas.

Nos sentamos y al momento vino un camarero que nos tomó la comanda: tres cervezas bien frías.

—¡*Per Déu*! —exclamó una vez nos quedamos solos—Menudo calor, esto no hay quien lo soporte.

Mi padre asintió con la cabeza.

—Esta ola de calor va a acabar con todo. El otro día dicen que el termómetro en los Rodeos llegó a los cuarenta y un grados —dijo mi progenitor mientras se aflojaba un poco la corbata.

Mientras seguían hablando de cosas banales miré a mis

acompañantes, eran como el agua y el aceite. Por un lado estaba don Julio; alto, delgado, de unos cincuenta años y abundante pelo, tanto en la cabeza como en la barba perfectamente recortada, y por otro mi padre: bastante más bajo, gordo, con una papada de gran tamaño y pelo escaso, de color blanco amarillento , situado en su totalidad en la zona que iba de oreja a oreja, el cual tendía a dejárselo un poco largo para que le llegase hasta casi la altura de los hombros.

El camarero nos trajo las cervezas acompañadas de tres vasos recién sacados del congelador.

—Tal vez deberíamos haber quedado más tarde —comentó mi padre, mientras se servía su bebida.

—No te preocupes —restó importancia don Julio—. Es más, me viene de maravilla que hablemos ahora. Le prometí a mi mujer ir a cenar y al cine después, al Víctor, a ver la nueva película de uno de esos directores americanos que están tan de moda. Es un pequeño sacrificio que merece la pena hacer.

—¿Y eso? —preguntó mi padre sorprendido.

—¡*Per Déu*! Pedro —exclamó, casi gritó, haciendo que un par de personas de las que se hallaban sentadas se giraran hacia nosotros—. Mañana es la final del mundial, Brasil contra Italia. A cambio de ir hoy a cenar y al cine mi mujer no pondrá pegas con que me vaya a casa de un colega a ver el encuentro. Seremos como ocho o nueve. Va a ser bestial, espero que Brasil gane a Italia.

—Por favor, cuida el lenguaje —comentó, parte en broma y parte en serio, mi padre—. No nos vayan a apedrear por *godos*.

—Lo que faltaba. Si el mierdaja de Franco no consiguió que dejáramos de hablar catalán, lo van a conseguir estos aplatanados —soltó una fuerte carcajada—. Eso es lo que nos diferencia de vosotros los madrileños que tenemos los *collons* bien puestos. No veis que siempre os sacamos lo que nos da la gana. Mira al Pujol que les ha sacado a todos lo que ha querido. Al Felipe lo tiene pero que bien agarrado, él habla y el otro obedece.

Mi padre no dijo nada, sólo se limitó a sonreír y a dar otro trago a su bebida.

—Pero dejémonos de cháchanas y vayamos a lo que nos interesa —continuó hablando y al hacerlo cambió su tono de voz que se volvió más serio—. Ya tengo en mi despacho preparados todos los papeles, el

lunes podréis ir a firmarlos. ¿Os parece bien?

—Sería perfecto —asintió mi padre y giró su ancho rostro hacia el mío—. ¿Verdad, Óscar?

Di un pequeño respingo en la silla pues aunque oía lo que hablaban mi mente estaba en otro lugar. Pensaba que narices hacía ahí si ya todo estaba decidido, podía haberme quedado en casa jugando con la Sega al juego que me habían prestado: *Corpse killer*.

—Sí, claro.

Don Julio me miró detenidamente y por un momento me sentí incómodo. No me gusta destacar, prefiero pasar desapercibido, cosas de mi tímida personalidad.

—Óscar, por si no lo sabes estamos atravesando una crisis de las gordas. El paro está por las nubes, según el estado está al veintiuno por ciento, y aunque según los expertos la cosa parece mejorará a finales de año la cosa es que estamos jodidos. Supongo que tu padre te habrá informado de todo. ¿Verdad?

Me encogí de hombros y respondí con voz algo entrecortada.

—Me dijo de ir a trabajar a Fuerteventura, algo tan sencillo que hasta alguien como yo podría llevarlo a cabo sin problemas.

Don Julio miró a mi padre con cara de sorpresa a la vez que una sonrisa asomaba de forma casi imperceptible.

—¡Coño, Pedro! Mira que eres bestia —desvió su mirada hacia mí y su sonrisa se hizo más visible con cierto aire de condescendencia—. No hagas mucho caso a tu padre. Quiere lo mejor para ti, solo que a veces no sabe cómo expresarlo o cómo actuar. Le conozco del banco donde trabaja y sé que te quiere aunque no lo parezca.

»Verás, soy abogado y hace unas semanas un cliente mío falleció. Era muy mayor y viudo por lo que me tocó la tarea de buscar a sus herederos, en caso de que hubiera alguno. Tenía dos hijos varones pero la relación con ellos, los últimos años, no había sido muy buena. Ambos se fueron del archipiélago y empezaron sus vidas en la península y en alguna zona de Europa que podría estar en alguna parte de la nueva Alemania, me imagino que sabrás que ambas se unificaron hace cuatro años, o de la vecina Austria. Por desgracia debido a la mala relación con sus vástagos me he visto obligado a hacer auténticas pesquisas detectivescas. En resumen, y para no

aburrirte, localicé a sus hijos y ambos aceptaron sus partes de la herencia, y ahí es donde entras tú.

Hizo una pausa y bebió un largo trago de su vaso mientras yo me sentía más confuso, ahora, que cuando nos habíamos sentado.

—El fallecido residía en una vivienda que se había fabricado en el islote del Este, situado como dice su nombre al este del islote de Lobos, entre Fuerteventura y Lanzarote. Es un terreno muy pequeño donde sólo vivía él, su familia, una chica que limpiaba de lunes a jueves y un hombre, Alejandro se llamaba, que hacía de todo un poco.

—¿Se llamaba? —pregunté sorprendido por la forma verbal utilizada.

El abogado soltó una fuerte risotada y volvió a mirar a mi padre.

—¿Ves Pedro? Este chico no es un inútil, tiene cabeza y cerebro. Si fuera como tú dices no se habría dado cuenta de ese detalle y, menos aún, me hubiese preguntado —Su rostro se giró hacia el mío—. Óscar, me gustas. Apenas llevamos unos minutos juntos y ya me has ganado.

»Sí, se llamaba porque ya no está con nosotros. Por desgracia una semana después del fallecimiento de mi cliente tuvo un fatal accidente. Estaba por el noreste del islote, donde la isla se eleva y acaba en unos acantilados, de más de treinta metros de altura, cuando de alguna manera debió de perder el equilibrio y cayó. Al caer se golpeó con las paredes y terminó en el mar, el oleaje terminó dejándolo en una cala cercana. Lo encontró la Guardia Civil tras dar la voz de alarma el pescador que lleva, a la isla, cada dos días los pedidos de la casa. Al no encontrarlo se extrañó, pues la Zodiac de la casa estaba atracada, dio una vuelta rápida por la zona y al no verlo corrió al cuartelillo a avisar de lo sucedido.

»Y es por eso por lo que necesito a alguien para cuidar la casa hasta que lleguen sus nuevos dueños, serán un par de meses como mucho y eso será un poco de dinero para ti, además de experiencia laboral.

—Y hablando de eso —interrumpió mi padre con tono formal—. ¿Cuánto tenías pensado pagarle?

Don Julio dio un par de palmadas acompañadas de su, ya conocida, risotada.

—Pedrito, al final vas a ser más catalán que yo —guiñó un ojo a mi padre—. *Amb els diners no es juguen.* Ahora en serio, había pensado unas setenta y cinco mil pesetas brutas, con las pagas extras prorrateadas.

Mi padre asintió serio.

—No me entiendas mal —habló con cautela, reclinando el cuerpo hacia la mesita de metal—, pero teniendo en cuenta que estará ahí fijo las veinticuatro horas del día me parece algo justo. Treinta días al mes sin descanso.

El abogado negó con la cabeza sin perder la sonrisa.

—No seas exagerado. El chico no va a estar enclaustrado; podrá ir a Fuerteventura cuando quiera, poniéndose de acuerdo con Abel. Además acuérdate que los billetes del avión, así como el suministro de comida, gasoil para el equipo electrógeno y artículos de limpieza, todo eso corre por cuenta de los herederos de mi cliente. Y no es poco dinero —habló de manera pausada, cuando parecía que había terminado cogió una bolsa del suelo y me la tendió—. Óscar, esto es para ti. Para que puedas hacer las llamadas que sean necesarias, incluido a tu familia.

Abrí la funda de plástico y me quedé estupefacto. En el interior había una caja que reconocí enseguida. Jamás había tenido ninguna, en mis manos, y menos lo que había en su interior. Levanté la cabeza y miré a don Julio.

—Sí, es lo que ves —confirmó mis sospechas—. Intenta no romperlo. Y no te vuelvas loco llamando ¿Vale?

—Sí, señor —respondí mientras dejaba la caja en la mesa y la abría—. Esto le habrá costado, por lo menos, unas cien mil pesetas.

Sujeté con toda la delicadeza que fui capaz el teléfono móvil. Era un Alcatel Microsun, no era el teléfono más caro pero tampoco el más barato. Era nuevo, recién comprado.

—Más o menos —confirmó el abogado—. Según me dijeron no deberías de tener problema para llamar a números fijos. Pero como te digo no te vuelvas loco llamando. Ahí dentro tienes un papel explicando el coste por cada minuto que hables, así como el establecimiento de llamadas y la cuota mensual. Así que si veo que gastas más de lo que debieras te lo descontaré de tu nómina. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza mientras extraía el teléfono de su caja.

Durante quince minutos más mi padre y don Julio siguieron hablando acerca del trabajo, de dónde ingresaría mi sueldo y otro sinfín de cosas referentes a mi futuro laboral. Todo aquello me hizo sentir como un objeto. Un objeto insignificante y no como el que sostenía en mis manos, todo un avance en la tecnología del momento. Hasta llegué a pensar, por enésima vez, qué demonios hacía yo allí. Si la silla hubiese estado vacía no habría habido ningún cambio en las negociaciones de aquellos dos hombres.

Cuando por fin nos levantamos, una vez terminado el acuerdo entre ellos, estuve tentado de preguntarle a mi progenitor que para qué narices había venido pero al final me abstuve. Habría dado igual, lo más probable es que mi padre me hubiese contestado de mala manera o, simplemente, hubiese ignorado mi observación con cualquier comentario fuera de lugar. Así que mi mente volvió al juego que me habían prestado y que debería de aprovechar en los pocos días que podría disfrutar de él.

2

El fin de semana pasó más rápido de lo que a mí me hubiese gustado. Fueron otro sábado y domingo más del año, lo único diferente fue el hecho de que Brasil ganara el mundial de fútbol en los penaltis. Hasta el juego que me habían prestado, *Corpse killer*, fue decepcionante. Durante horas estuve matando un montón de zombis sin que en su transcurso encontrase algo diferente a otros juegos de su estilo, como *Doom* o *Wolfenstein 3D*. Solo los gráficos lo diferenciaban de los otros, pero eso no era suficiente para mí.

Así que aproveché el domingo para preparar las cosas para el viaje, aunque al final tuve que dejarlo a medias pues había varias cosas que desconocía del lugar al que me dirigía y de lo que tendría que hacer. Sabía que iba a aquel islote a cuidar de la vivienda. ¿Pero eso qué implicaba? ¿Tendría que limpiar, hacer obras de mantenimiento? Por otro lado no sabía si allí tendrían un televisor donde poder conectar mi consola, de no haberlo la cosa podría complicarse demasiado. Dos meses sin tener con que entretenerme en un islote perdido podría ser algo realmente terrorífico. Por desgracia hasta el lunes no tendría respuesta a esas cuestiones.

Me senté en la cama aburrido y nervioso. Aquella situación no me gustaba pero no podía hacer nada. Yo no era como otros chicos de mi edad que discutían y se rebelaban contra sus padres, si me mandaban algo lo hacía y se acabó. Sabía que mi padre, en el fondo, buscaba lo mejor para mí aunque en ese momento no lo viese o entendiese. Ya tenía edad para empezar a trabajar y para comenzar mi vida de adulto. Y no es que no quisiera ganar dinero pero no sabía cómo. En el fondo todo me asustaba porque no me sentía preparado, tenía la sensación de que lo iba a hacer mal y que todos se pondrían en mi contra. Estaba claro, por lo menos ahora, que todo aquello estaba motivado por mi poca autoestima, y no era que me sintiera mal por mi vida sino que a veces tenía la sensación de estar desaprovechando mi existencia y que el camino que estaba tomando no llevaba a nada.

¿Y qué conseguía con esos pensamientos? Hundirme más y por si fuera poco mi inseguridad se nutría también de mi timidez y de mi dificultad para relacionarme con la gente.

Suspiré con fuerza, me levanté de la cama y cogí el teléfono que me había entregado don Julio. ¿De verdad ese era el futuro? No podía creerlo, en todo caso sería un futuro para ricos. Los teléfonos no bajaban de las noventa mil pesetas y las tarifas eran una locura. Primero había que pagar un alta inicial de veinticinco mil pesetas, luego cada mes una cuota de cuatro mil quinientas pesetas, para después cada vez que llamabas pagar por el inicio veinte pesetas y cincuenta y una por cada minuto hablado, a no ser que fuera de noche que serían treinta y cuatro pesetas. Haciendo cálculos una llamada de un minuto costaba setenta y una pesetas, todo un disparate. Para eso era mejor usar una cabina de teléfonos en las cuales hasta se podría hacer llamadas a cobro revertido.

El lunes llegó por fin y fui al despacho de don Julio. Este se encontraba en una transversal de la calle Castillo. Anduve por la zona de tiendas de Santa Cruz sin prisa. La calle estaba casi vacía. Las tiendas estaban cerradas, el reloj no marcaba aún las nueve.

Pulsé en el portero automático, el primero A, y abrieron sin preguntar. El edificio de cuatro plantas no disponía de ascensor por lo que tuve que subir por las escaleras. Y por suerte solo era una planta porque al pisar el último escalón, de mi ascenso, pude comprobar lo poco que ayudaba mi vida sedentaria a mi cuerpo. Me detuve unos segundos para recuperarme y tras inspirar profundamente para tranquilizar un poco más mi corazón pasé al interior de la oficina.

Según crucé el umbral de la puerta, que se hallaba entornada, entré en lo que debía ser la recepción del bufete. Frente a mí había una mujer de edad avanzada, rondaría los cincuenta por lo menos, sentada tras una mesa rectangular bastante espartana al igual que el resto de la habitación, de hecho los objetos que habían se podían contar con los dedos de las dos manos. Levantó la cara de unos papeles que estaba leyendo y me miró, al principio pareció sorprendida al verme pero luego se dibujó una amplia y sincera sonrisa en su rostro.

—Buenos días —saludó con una voz más aguda de lo que uno podría pensar, al ver su físico—. ¿Óscar Martín?

—Buenos días, sí señora.

La mujer se levantó y se dirigió a la puerta que había detrás de ella, a su izquierda.

—El señor Alcázar le estaba esperando —Tras decir esto abrió la puerta y me hizo un gesto para que me acercara —. Pase, por favor.

Por un momento me quedé como petrificado, me pareció extraño que aquella mujer no preguntase a su jefe si podía pasar de hecho ni siquiera había mirado al interior del despacho. Le di las gracias y con paso algo vacilante entre al interior.

Los dos cuartos eran como el día y la noche, mientras la recepción parecía un desierto aquello era la jungla, uno no sabía a dónde mirar. Diplomas, cuadros del abogado con gente famosa, muebles llenos de libros de derecho civil y penal, varias lámparas, una mesa de cristal con dos sillones según se entraba y al fondo dos sillas y delante de estas una imponente mesa tras la cual se hallaba sentado don Julio, en un impresionante sillón de cuero. La sensación al entrar fue abrumadora, por un momento quise darme la vuelta y salir corriendo. La idea de querer parecer alguien grande y poderoso se había logrado con creces. Todo estaba calculado al dedillo.

—Buenos días —saludó sin levantarse—. Ven, siéntate aquí.

No dije nada, fui a donde se encontraba y me senté. Me sentía bastante incómodo, no me gustaba estar ahí y tampoco me gustaba la manera en que me había recibido. Su forma de indicarme que me sentara me había hecho sentir como un crío o un perro, o una mezcla de ambos. Su postura, mirada y sonrisa eran totalmente diferentes a las del sábado. Era un hombre de dos caras, como el villano de Batman, el antiguo fiscal de distrito Harvey Dent. Ya había visto en series de televisión, películas, libros y cómics, cómo se desprestigiaba a los miembros de este grupo laboral pero jamás pensé que llegaría a conocer a uno de esa índole.

Me miró unos segundos y luego esbozó una sonrisa que me heló la sangre, parecía una mezcla de la del payaso de *It*, Pennywise, y la del asesino de *Pesadilla en Elm Street*, Freddy Krueger.

—Óscar, tu padre es un buen hombre —comenzó a decir, mientras desviaba su mirada hacia unos papeles que tenía frente a él —. Me ha ayudado mucho en el banco con un par de préstamos que tengo con ellos y por eso no pude decirle que no. Ahora solo espero que no le defraudes que hagas tu trabajo y no me jodas la vida.

Dio la vuelta a los documentos y los acercó a mi lado, era el

contrato de trabajo. Mientras los observaba, no me molesté en leerlos pues todo aquello ya lo había acordado con mi padre el día anterior, no pude dejar de pensar que el acento catalán que había tenido en nuestro primer encuentro había desaparecido por completo.

—Espero que seas más inteligente —siguió hablando sin esperar respuesta de mi parte— que el resto de los jóvenes de tu edad. Ese trabajo lo podría hacer hasta el tonto más tonto de todos los tontos. ¿Entiendes?

Acercó un bolígrafo para que firmase señalando con el dedo el lugar para la rúbrica, a la vez que continuaba con su discurso, monólogo, soliloquio o lo que fuese.

—Espero que no hagas tonterías. Cualquier gasto excesivo lo reduciré de tu nómina, ya sea en llamadas de teléfono, gasoil para el generador de electricidad, comida o agua. Por cierto en el islote hay un par de pozos que se hicieron para tener agua, no bebas de ellos solo úsalos para fregar y limpiar la casa. ¿Entendido?

Esta vez sí respondí, las otras ocasiones comprendí que no habían sido más que preguntas retóricas.

—Sí, señor. No habrá gastos innecesarios ni usaré el agua de los pozos para beber.

Don Julio asintió y su rostro pareció suavizarse y eso me dio más miedo. Parecía un Norman Bates de *Psicosis* o un Hannibal Lecter del *Silencio de los corderos*.

—Buen chico —asintió y abrió una gaveta de su escritorio, sacó un sobre y me lo tiró junto al contrato—. Aquí tienes el billete de avión y diez mil pesetas que tu padre me dijo que te diera por adelantado, en billetes de mil.

Alargué el brazo para coger los papeles mientras en mi interior pensaba que si esto era el mundo laboral se me iban a hacer muy largos los próximos cuarenta y seis años que me quedaban por delante. Saqué el billete y miré la fecha.

—¿Para pasado mañana? —pregunté sin poder evitar mi sorpresa y confusión.

—Por mí habría sido para hoy, pero por desgracia tu padre y el aeropuerto de allá no me lo permitieron —respondió con cierta dureza, más de la que estaba demostrando en toda nuestra

conversación—. El aeropuerto está en obras, están ampliándolo por completo desde una nueva terminal hasta una central eléctrica. Están desbordados con la gran cantidad de alemanes e ingleses que quieren ir a emborracharse y ponerse como cangrejos. Y no pude encontrar vuelo para antes, además tu padre me pidió que te diera unos días para que te despidieras de tu madre. Joder, ni que te fueras a ir a la guerra.

Estas últimas palabras las dijo con cierto retintín mientras se levantaba de su aparatoso asiento, que no debía de ser, a mi gusto, nada cómodo en los días de verano por mucho aire acondicionado que tuviera.

—Óscar, la vida laboral es una pura mierda y más para la gente como tú —habló mientras se acercaba a mi lado—. No tienes estudios, no tienes experiencia y aún eres un crío. Podré parecerte un cabrón, un gilipollas, pero me da igual. Lo que te digo es cierto y lo sabes. Si te escogí es porque tu padre me cae bien, le debo mucho, ya te lo dije antes, y tras verte el otro día comprendí que dentro de lo malo eres de lo menos malo. Aquí en Canarias hay un montón de hombres y mujeres mejor preparados que tú pero no tengo tiempo. Si ese imbécil no se hubiese caído por el risco yo estaría tranquilo y ahora, lo más seguro, comiendo un bocadillo en la Garriga y tomándome un par de cañas bien fresquitas. Aprovecha la ocasión. Y ahora si quieres hacerme alguna pregunta dispara.

Tragué saliva mientras reflexionaba sobre la perorata que acababa de soltar. No aportaba nada nuevo solo parecía querer remarcar que él era quien mandaba y yo un afortunado de la vida, por ser hijo de quien era, y que le debería de estar agradecido por ello hasta el final de mi existencia.

—Bueno… verá… —dudé cómo empezar y cómo realizar las preguntas, después de lo que me había dicho y cómo me lo había dicho—. ¿Alguien irá a recogerme al aeropuerto o deberé coger un taxi o una guagua?

—Irán a recibirte —respondió asintiendo con la cabeza, la pregunta parecía haberle gustado—. Te recogerá Abel, el mismo que te llevará la comida y lo que te haga falta a la isla, en su coche y luego te trasladará al islote. Es buena persona aunque algo callado.

—En caso de una avería grave, ¿aviso a Abel o a usted?

—Dependerá, usa tu sentido común. Si se ha caído la casa por

completo me llamas, si se ha roto el cristal de una ventana nos avisas a los dos y me comentas por qué ha sido, por si te la tengo que descontar ya sabes.

—¿Hay televisión en la casa?

El abogado abrió los ojos por la sorpresa y se apoyó en la mesa.

—No lo sé —respondió algo confuso—, pero creo que no. El dueño era mayor y casi no veía, y el guardés nunca me comentó nada. Además el generador eléctrico no es muy potente, no creo que pudiera con todo, de hecho tienes una nevera pequeña por eso. Es el motivo por el que se te aprovisiona cada dos días con comida y otras cosas. Hay también una fresquera pero no es suficiente para guardar ciertos productos. Así que mejor olvídate de ver la tele y llévate unos cuantos libros. La gente de antes usaba velas y candiles, luego llegó la electricidad y toda esa parafernalia. Tampoco va a ser mucho tiempo, como te dije el sábado, así que no te asustes.

Veinte minutos después abandonaba el edificio totalmente desmotivado y desilusionado. No me quedaría más remedio que comprar varios paquetes de pilas y llevarme mi walkman Sanyo, también tenía la posibilidad de llevarme el televisor portátil de mis padres, un TVC3020. Tenía de todo: televisión, radio y radiocasete, con la posibilidad de usarlo enchufándolo o a pilas, un aparato alemán que mi padre había comprado a buen precio en las tiendas de los hindús, cerca del edificio Olympo. Puse rumbo a la plaza militar y allí me acerqué al quiosco donde hice acopio de algunas revistas para llevar, entre ellas el Muy Interesante, Hobby consolas y Micromanía. De ahí me dirigí a la tiendita al lado de mi casa y tras ver que no había nadie más comprando adquirí un par de revistas de adultos, a pesar de mi edad me daba vergüenza pedirlas, la última Private y otra que se llamaba Teenage. La broma me costó más de dos mil quinientas pesetas, debido a que la Private me costó la friolera de mil cien. Por suerte a parte de las diez mil que me acababan de dar tenía yo algo ahorrado.

Mi madre me esperaba ansiosa mientras preparaba la comida. Según abrí la puerta ella salió de la cocina, por suerte las revistas de adultos las había metido entre las otras y no se dio cuenta.

—¿Cómo te fue? —La pregunta fue directa como mi madre, una mujer maravillosa y cariñosa pero que cuando se trataba de averiguar no se iba por las ramas— ¿Todo bien? ¿Estás contento?

Esbozó una tímida sonrisa al formular la última pregunta y se secó las manos con el delantal que siempre llevaba cuando hacía las labores del hogar. Le di dos besos, uno en cada mejilla.

—Bien, el miércoles me voy —respondí mientras intentaba esbozar una sonrisa de felicidad—. Ya tengo los billetes y un pequeño adelanto.

Le mostré el sobre y ella asintió de manera casi imperceptible.

—Lo sé, por eso estaba preparando algo que te gusta, aunque estemos en pleno verano —dijo mientras me indicaba que la siguiera a la cocina—, con ola de calor incluida.

En el fuego pude ver la olla de presión y cómo la válvula, por donde salía la presión del interior, empezaba a girar.

—Gracias, mamá —dije emocionado y la abracé—. Pero no debías haberte molestado.

—Claro que sí —respondió apartándose de mí—. Si no lo hago por ti… ¿Por quién lo haría?

Sus ojos se le humedecieron, se giró y se pasó rápidamente el dorso de su mano derecha por ellos. No supe qué decir y me sentí mal. ¿Por qué me costaba tanto hablar, responder a las emociones de los demás?

El resto de la tarde lo pasé preparando el equipaje, dado que iba a estar la mayor parte del tiempo solo y no iba a ir a ninguna celebración, o eso parecía, no fue difícil hacer una selección de prendas. Al final escogí un par de pantalones vaqueros largos, uno corto, dos bañadores, mudas, cuatro camisetas y dos camisas de verano. Todo esto lo metí en una vieja maleta roja, de mis padres, junto con las revistas que acababa de comprar y un libro que me habían regalado por mi cumpleaños y que aún no había comenzado. Mis padres lo habían comprado con mucho cariño en especial al ver que el autor, Michael Crichton, era el mismo que había escrito el libro en que se basaba una de mis películas favoritas, *Parque Jurásico*. El libro se titulaba *Sol naciente* y por su sinopsis tenía muy buena pinta, y por los avances de la película todavía más, pero por una serie de circunstancias se había quedado en la librería sin que ojease ni una de sus páginas. Las novelas de Crichton que había leído: *La amenaza de Andrómeda* y *Parque Jurásico*, me habían gustado pero esta última se me hacía pesado darle comienzo. No es que me disgustase el género

negro pero prefería más verlo en televisión al estilo de *Se ha escrito un crimen* o *Diagnóstico asesinato*, también estaba *Policías de Nueva York* pero esa era más de acción que de saber si el asesino era el mayordomo, la amante o el profesor de esquí.

Al llegar mi padre a casa no me preguntó nada, estaba serio como le ocurría desde hacía meses, se duchó y luego cenó sin apenas decir gran cosa.

El día de mi partida no tardó en llegar y para mi sorpresa estaba muerto de miedo, los nervios me comían por dentro. Había creído que llegado el momento estaría tranquilo pero no fue así. Esa actitud interna mía me sorprendió bastante pero más me sorprendió la de mi padre que, para empezar, había pedido permiso en el banco para ausentarse y llevarme al aeropuerto.

—¿Estás bien? —preguntó con total sinceridad—. Pareces intranquilo.

—Intranquilo no, nervioso —respondí perplejo ante su actitud tan paternalista.

—Tranquilo, todo saldrá bien.

Llegamos con tiempo a los Rodeos y me invitó a un barraquito, y aunque parezca mentira el café me relajó un poco.

Al llegar el momento de tomar el avión me miró y me sonrió.

—Eres un buen hijo y una gran persona. Y, aunque nunca te lo digo, estoy orgulloso de ti. Si parezco un sargento más que un padre es porque quiero lo mejor para ti —habló con voz entrecortada por la emoción—. La universidad no es lo tuyo, esto tampoco pero te ayudará a formarte y a saber lo que es ser adulto.

Y tras esto me dio un fuerte abrazo, mientras de mis ojos brotaban lágrimas de felicidad y paz. Cuando nos separamos le di sendos besos y lo miré seriamente.

—Gracias, tú también eres un gran padre y voy a hacer que te sientas aún más orgulloso de mí de lo que ya lo estás.

Nos volvimos a abrazar y cuando me aparté de él gire hacia la puerta y caminé con paso firme y relajado hacia mi nueva vida.

El vuelo duró algo más de una hora. El avión no era muy grande

y hacía bastante ruido probablemente por el hecho de ser de hélice y no de turbinas como los que volaban a la península. Durante el trayecto pensé en mi padre y en lo complicado que era entender a los adultos, en especial sus sentimientos hacia sus hijos. Mi madre demostraba su amor con la comida y mi padre exigiendo cada vez más porque con ello pensaba uno podría tener un mejor futuro, económica y socialmente hablando. El ruido del tren de aterrizaje al abrirse me sacó de mis pensamientos. Llegaba a una nueva isla y empezaba una nueva etapa de mi vida ¿Qué más podría pasar?

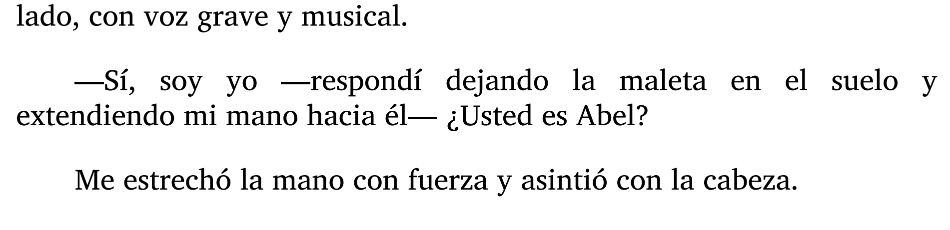
3

El aeropuerto, como ya me imaginaba, no era mucho mayor que el de los Rodeos. Como bien me había advertido don Julio se encontraba en obras, desde la ventanilla del aeroplano pude ver diferentes grupos de gente trabajando en diversos lugares. Uno de aquellos equipos parecía estar haciendo una pista paralela a la que ya existía, por donde despegaban y aterrizaban, a la isla, todos los vuelos.

Diez minutos después bajé del avión y quince más tarde disponía ya de todo mi equipaje. Salí a la zona donde esperaba la gente y busqué a Abel. Había bastante gente y don Julio no me había enseñado ninguna foto ni me había dado una descripción de él. Entonces se me vinieron a la mente las películas de Sherlock Holmes, protagonizadas por Basil Rathbone, que tantas veces habían puesto por la televisión y decidí intentar descubrir, por la lógica y la deducción, a mi chófer y guía.

Primero descarté a todas las personas que no esperasen solas, después seleccioné a las que eran hombres. El resultado fueron cuatro individuos de los cuales rápidamente descarté a dos: uno porque llevaba el uniforme de la guardia civil y el segundo porque era extranjero de unos sesenta años. De los dos restantes me decanté por el que se encontraba separado del gentío. Vestía un pantalón viejo de pana y una camisa de manga larga que le quedaba grande, y cuyas mangas tenía dobladas hasta la altura de sus antebrazos; la piel estaba morena y curtida por el trabajo bajo el ardiente sol de la isla y, seguramente, por el salitre del mar. Es cierto que la mayoría de los pescadores faenan de noche pero no todos, incluso algunos lo hacen en ambos espacios de tiempo. Sea como fuere me acerqué hacia él, con la mochila a la espalda, la maleta en la mano derecha y el televisor portátil en la izquierda. Según me vio que me acercaba él hizo lo propio hacia mí.

—¿El señor Martín, Óscar Martín? —preguntó más llegar a mi



lado, con voz grave y musical.

—Sí, soy yo —respondí dejando la maleta en el suelo y extendiendo mi mano hacia él— ¿Usted es Abel?

Me estrechó la mano con fuerza y asintió con la cabeza.

—Sí, señor —dijo de manera escueta, e hizo ademán para coger la maleta.

—No hace falta, gracias —comenté volviendo a agarrar el asa—. Yo puedo.

Abel no dijo nada, me miró un segundo y sonrió. Luego comenzó a caminar y yo le seguí. Para mi sorpresa el aparcamiento también estaba en obras.

—Cada vez vienen más turistas y se ha quedado pequeño. Tendremos que caminar un poco ¿De verdad, no quiere que le lleve algo?

Negué con la cabeza y proseguimos la caminata. Unos cincuenta metros después llegamos hasta un viejo Seat 127 blanco de cuatro puertas, bastante bien conservado.

—¿La capital está lejos? —pregunté mientras Abel dejaba mi equipaje en los asientos traseros, y no en el maletero.

—No, que va. Se puede ir andando —giró el cuerpo hacia su derecha—. Si lleva un paso normal en hora y media estaría allí.

Me subí al coche y pusimos rumbo hacia el norte de la isla.

Los primeros minutos los hicimos en silencio, el paisaje era desolador parecía que estábamos en el mismísimo desierto, sin las dunas pero en el desierto. Ni siquiera el sur de Tenerife era así.

—Allí está Puerto del Rosario —comentó de repente e hizo un gesto con la cabeza señalando a nuestra derecha.

No habrían pasado más de seis o siete minutos desde que salimos del aeropuerto.

—¿Y está lejos? —pregunté mientras veía de lejos la capital de la isla.

—¿El qué?

Miré a Abel, por un segundo pensé que me estaba vacilando pero al momento comprendí que estaba concentrado en la conducción, no apartaba la mirada de la carretera.

—De Corralejo —respondí, volviendo la mirada al desértico paisaje.

—No, no mucho. A unos cuarenta o cincuenta minutos, pero no vamos a Corralejo.

Volví a girar mi rostro hacia él.

—¿Y a dónde vamos? —pregunté sorprendido—. Yo pensaba que saldríamos del muelle de Corralejo, porque de ahí se sale para ir a Lobos.

—Sí, es verdad —comentó y volvió a quedarse callado unos segundos para continuar con su respuesta—. Pero vamos a ir en mi barca y la tengo en Villa Juana.

—¿Villa Juana? No me suena —intenté recordar el mapa de la isla, pero no me vino a la cabeza ningún lugar que se llamase así.

Giró un segundo su rostro hacia mí y sonrió, acto seguido volvió su mirada a la monótona carretera.

—Normal —fue su respuesta—. Es muy pequeña y en pocos años seguro será parte de Corralejo, pero por ahora es Villa Juana.

Asentí con la cabeza y continuamos el resto del camino en silencio.

Al llegar a Corralejo giró hacia la derecha y unos minutos después llegamos a nuestro destino.

Como bien había dicho Abel, Villa Juana no podía considerarse ni siquiera un pueblo. Estaba formada por unas treinta o cuarenta casas y, cómo no de un bar, y es que en España los bares no pueden faltar aunque no haya más de diez vecinos, y más en Canarias que si no había leído mal, en un periódico de la isla, era una de las comunidades autónomas con mayor número de bares por habitantes.

Detuvo el viejo 127 junto al bar. Se estiró y caminó hacia el local.

—Vamos a tomar algo para descansar del viaje y luego nos vamos a tu casa.

«A tu casa», aquello sonó como una burla pero no dije nada. No era cuestión de llevarme mal con la persona que se encargaría de mi manutención y traslado entre islas.

La taberna del norte como se llamaba aquel local era tan pequeño como el lugar donde se había asentado. Aparte de una barra, de poco más de tres metros, sólo habían tres mesas, con tres sillas cada una. Todas estaban ocupadas por lo que nos apoyamos en el mostrador. Disimuladamente busqué con la mirada algún taburete pero no localicé ninguno.

El tabernero, ya que se suponía era una taberna, era un hombre de unos cuarenta o cincuenta años de edad, algo más alto que yo, de barriga prominente, piel morena por el sol y nariz aplastada, rota seguramente en una o varias peleas. Al ver entrar a Abel lo saludó con la mano y de manera automática sacó un vasito pequeño y le puso una caña de vino.

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó el marinero.

—Una cerveza bien fría.

Abel se giró al que estaba al otro lado de la barra y le hizo un gesto, este asintió y se agachó para coger algo.

—Lo que aquí no tenemos Dorada, tendrá que ser Tropical —comentó y puso la botella sobre la barra.

—Por poco tiempo —dijo uno de los parroquianos que se encontraba en una de las mesas.

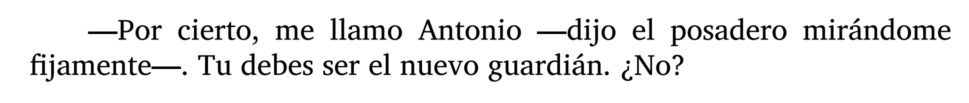
—¿Por qué dices eso? —gruñó el posadero.

—Como si no lo supieras —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Acaso los de la Dorada no han comprado la Tropical? Ya verás en unos meses cuando se acaben las que tienen embotelladas nos meterán la suya, menudo son los chicharreros.

Abel sonrió y se bebió de un trago su vino, dejó el vaso en la barra y al momento se lo llenaron.

—Anda, no digas más tonterías —recriminó el posadero—. Esa gente es muy lista, mantendrán las dos marcas para evitar problemas.

Mientras hablaban di un par de tragos y había que reconocer que no estaba mal, a mi parecer era un poco más suave que la tinerfeña.



—Por cierto, me llamo Antonio —dijo el posadero mirándome fijamente—. Tu debes ser el nuevo guardián. ¿No?

Asentí con la cabeza.

—Sí, señor. Mi nombre es Óscar —tendí mi mano y la apretó con fuerza, el dolor fue intenso pero procuré que no se notara en mi cara.

Me observó durante unos segundos y luego inclinó su cuerpo hacia mí, apoyando la barriga en el mostrador.

—Un trabajo de mierda, espero que te paguen bien. Yo no lo haría por menos de veinte mil duros —miró a su alrededor y bajó la voz, como si no quisiera que el resto de la gente del local le oyera—. Vas a estar aislado ahí, ni siquiera tendrás con qué llamar. Dependerás de Abel para todo.

Al decir esto me acordé del teléfono, lo tenía en la mochila. Lo había dejado ahí dentro apagado para que la batería aguantase un poco más, la idea era haberlo encendido al bajar del avión.

—Disculpa, necesito coger una cosa de la mochila. ¿Me podría abrir el coche? —pregunté al pescador.

—Está abierto —contestó mientras daba un sorbo a su vaso—. Aquí solemos dejar todo abierto, todos nos conocemos.

Salí del bar y tras sacar el teléfono regresé al interior.

—¡Coño! —exclamó el posadero, comprimiendo aún más su barriga contra la barra—. ¿Tienes un teléfono móvil?

Miré a Antonio y negué con la cabeza.

—No, no es mío. Me lo dio el abogado que se encarga de la herencia —respondí dejando el aparato en el mostrador.

—¿Y se sabe algo de los herederos? — preguntó Antonio sin dejar de mirar el teléfono.

—No lo sé —respondí y di un trago a mi cerveza que empezaba a calentarse—. Lo único que sé es que yo seguiré trabajando hasta que encuentre a los hijos del fallecido o algo así.

—Si yo fuera uno de los herederos estaría contento —reflexionó en voz alta Abel—. Si pasa como dicen va a pasar en Lobos se sacarán una pasta.

Miré con curiosidad al pescador, este me devolvió la mirada y se terminó el vino que le quedaba.

—Verás, el islote de Lobos igual que al que vas tiene dueño pero hace años fue declarado parque natural y parece que el gobierno de España quiere comprarlo a sus propietarios. Ya que son ellos los que deben gestionar los gastos del parque.

—Pero el Este no es todavía parque natural —matizó el posadero que acercó la frasca de vino para rellenar el vaso.

—No, pero lo será. Nos guste o no —aseveró Abel poniendo la mano sobre el vaso—. Luego, ahora tengo que llevar a nuestro amigo a su nuevo hogar.

4

El trayecto en la barca no duró mucho, la distancia era corta y el mar estaba tranquilo, casi en calma. La embarcación no era muy grande, en ella como mucho trabajarían dos o tres personas nada más. A pesar de tener sus años estaba limpia y muy bien cuidada.

Atracó la embarcación en un pequeño pantalán preparado para dos embarcaciones como mucho. Le pregunté a Abel si los dueños no tenían su propia barca y me comentó que hacía varios meses que la vendieron, pues el propietario era muy mayor y sus asistentes: un hombre y una mujer que se fueron al morir éste, casi no la usaban. Luego cuando se contrató al guardés se buscó una, por parte del abogado, que devolvió al morir este.

Desde el pequeño muelle hasta la casa no habría más de doscientos metros.

El edificio de color blanco destacaba como un oasis en medio del desierto. Era una construcción sencilla, de dos pisos y con pocas florituras. De forma rectangular el edificio se dividía en dos, aunque ambos compartían la misma estructura. La parte mayor era la vivienda principal y la otra correspondía a la zona destinada al servicio, o si se quería decir de otra manera a los trabajadores que cuidaban al muerto. Cada área tenía su propia entrada exterior. La vivienda del difunto tenía su entrada por uno de los extremos más largos que estaba orientado al sur, mientras que el acceso a la vivienda del servicio estaba en el lado este.

—Te he preparado tu cuarto en el antiguo despacho de don Carlos —comentó Abel, mientras abría la puerta principal.

No dije nada pero me extrañó un poco, había pensado que me alojaría en la otra parte del edificio, donde habían habitado los asistentes y el guardés.

—Fue allí también donde vivió los últimos años el pobre, al final era incapaz de subir las escaleras —continuó hablando mientras pasábamos al interior.

Para mi sorpresa la casa no olía a cerrado y no se apreciaba polvo a primera vista.

—Vine esta mañana al amanecer y la dejé aireando —dijo como si pudiera leer mis pensamientos—. Te he dejado comida para un par de días, sobre todo cosas que no necesitan frío, ya el próximo día traeré lo que tú me digas.

Asentí con la cabeza. Pulsé el interruptor de la luz pero no pasó nada. Miré a Abel y este sonrió.

—El motor está apagado, así se ahorra combustible. Los precios están por las nubes y es un coñazo transportar hasta aquí el gasoil.

Una hora después el pescador se despidió y tras apuntar el número de mi teléfono se marchó. Yo ya había tomado nota del suyo y del de Antonio el posadero.

Una vez la embarcación casi había desaparecido de mi vista me giré y regresé a la casa. En un principio, cuando estaba en Tenerife, había tenido miedo de este momento pero ahora lo que sentía era paz. No me sentía mal, es más tenía ganas de gritar, de gritar con fuerza, y así lo hice. Al hacerlo una sensación de felicidad recorrió todo mi cuerpo así como un cansancio repentino que surgió de lo más profundo de mi ser. La tensión del día y las emociones de los anteriores se abrían paso, a toda velocidad, por mi cuerpo y mente. Lo mejor sería comer algo y luego irme a dormir, mañana sería otro día.

La cena fue sencilla y rápida: un bocadillo de sardinas de lata y una cervecita fría. Comí fuera de la casa ya que todavía era de día, el anochecer en aquella época del año no comenzaba antes de las nueve. Una vez finalizada mi austera comida me dirigí al despacho, para ello tras entrar a la casa, al recibidor, pasé a la habitación de la izquierda abriendo las puertas correderas de cristal esmerilado. Era el salón-comedor una habitación grande decorada de viejos muebles de madera y una larga mesa en el centro rodeada por una decena de sillas. Al fondo a la derecha había otra puerta corredera que llevaba al despacho. Este era un cuarto más pequeño pero aún así más grande que mi dormitorio en Santa Cruz. Del despacho solamente quedaba una estantería a la derecha, según se entraba, ahora vacía, el resto de

la habitación estaba compuesto por una cama, una mesita con una silla y una lámpara de flexo. La ventana estaba ligeramente abierta, para que entrase un poco de aire y evitar el olor a cerrado. Dejé mis cosas en el lado izquierdo y me acerqué a la cama. Olía a limpio, no cabía duda de que la habían hecho en el día. De tamaño individual daba la sensación de ser cómoda, muy cómoda. Me desnudé y aunque al principio tenía pensado ponerme unos calzoncillos para dormir al final lo hice sin nada, total estaba solo no iba a molestar a nadie y me encantaba la sensación de la ropa de cama, como la del agua del mar, sobre mi cuerpo desnudo.

Dormí toda la noche de un tirón hasta que fui despertado por un sonido que en un primer momento no fui capaz de identificar. Abrí los ojos y por un momento me sentí confuso, aún mi cerebro estaba dando el paso de la inconsciencia a la consciencia, de la vigilia al despertar, y pensé que debía de encontrarme en un estado de duermevela. Luego comprendí que no era así que me hallaba en el islote del Este y que aquello que sonaba no podía ser otra cosa que el teléfono que me habían dado. La luz del día entraba por las rendijas de la persiana, giré mi muñeca izquierda y miré mi reloj Casio GC-7, también conocido como Cosmo Flight, eran cerca de las doce. Me levanté de un salto y cogí el aparato, que seguía sonando. Miré el número que aparecía en la pequeña pantalla pero no lo reconocí. Pulsé el botón de aceptar llamada.

—Buenos días —dije intentando disimular mi voz, para que no se notara que acababa de despertarme—. ¿Quien es?

—Buenos días, Óscar, soy don Julio —contestó una voz algo entrecortada por lo que deduje sería algo del teléfono—. El que te va a pagar todos los meses que estés ahí. ¿Por qué no me llamaste ayer cuando llegaste?

Tapé lo que pensaba era el micrófono del teléfono y lancé una maldición. Tenía razón, tenía que haberle llamado a él y a mis padres pero con el lío del viaje y demás se me había olvidado.

—Disculpe don Julio, pero pensé que Abel le habría avisado —acerté a decir a modo de disculpa—. No volverá a pasar, además como dijo que no quería que hiciese mucho gasto con las llamadas…

—¡Ya! ¡Ya! Que te olvidaste —interrumpió con un tono poco amigable, al escucharle noté que su acento catalán era más fuerte que cuando nos vimos solos en el despacho, parecido a cuando nos

entrevistamos con mi padre, lo más probable es que no estuviese solo —. Y tampoco llamaste a tu casa, tengo aquí a tu padre que estaba un poco preocupado… dice que tu madre te envía besos, que te cuides y que comas bien, *que tendre*. ¿Y qué estabas haciendo ahora?

Me atusé el pelo con la mano izquierda y sonreí, menos mal que no podía verme recién levantado con las legañas aún en la cara y desnudo.

—Estaba inspeccionando la propiedad, ayer cuando llegué era tarde y en lo que dejé las cosas en mi cuarto y comí algo se hizo tarde, así que decidí empezar hoy —mentí como un bellaco.

Un segundo de silencio y la voz del abogado surgió, ahora con más interferencias.

—Muy bien, así me gusta —era difícil de entender todas las palabras, así que en parte las iba deduciendo—, pero tampoco hace falta que te mates el primer día. Vas a estar por lo menos hasta primeros de octubre. Ya he hablado con los hijos de mi cliente y, ahora, no parecían muy interesados en lo de la herencia. Parece que según mean piensa . Además yo ahora en agosto me voy de vacaciones porque los juzgados cierran. Así que sin prisas, despacito, lo importante es que cuando lleguen a hacerse cargo de la propiedad todo esté en perfecto estado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asentí con la cabeza, sin darme cuenta que nadie podía verme.

—Perfecto, pues te dejo que tengo que terminar unas cosas con tu padre. Cualquier cosa llamas a Abel. No te preocupes que él estará disponible para ti en cualquier momento.

—Gracias, señor.

Una vez finalizada la conversación me quedé parado unos segundos mirando hacia la ventana.

—¿Y ahora? —pregunté en voz alta, tal vez para romper el silencio que me envolvía.

Entonces mi tripas rugieron y ya supe lo que tocaba, era hora de desayunar.

5

Tras un tranquilo y abundante desayuno, a base de pan de molde y chacina, me puse a hacer lo que ya le había dicho que había hecho a don Julio: dar un vuelta por la edificación y los alrededores.

Como ya me había dado cuenta la tarde anterior la construcción era bastante sencilla. Se basaba en una estructura rectangular de dos plantas, aunque en su interior se dividía en dos viviendas, una de mayores dimensiones que era la del fallecido y otra menor que era la de los trabajadores que vivían con él.

La vivienda principal que ocupaba el ala oeste y gran parte de la construcción era la de don Carlos. En la planta baja se encontraba la cocina con una despensa, casi tan grande como el otro cuarto, un salón-comedor, el despacho y un aseo, además del recibidor donde había una escalera que subía al piso superior. En el piso superior habían tres cuartos; uno de grandes dimensiones, que deduje serían los dormitorios y otro más pequeño que debía ser un cuarto de baño. Eran puras suposiciones porque estaban cerrados y no pude acceder a su interior, lo mismo me pasó con la vivienda de los trabajadores que se entraba por el este de la construcción que se hallaba cerrada. En la despensa también había una puerta por la que se podía, o eso presumía, acceder a la vivienda anexa pero al igual que las otras se encontraba bloqueada. Todo aquello me pareció muy extraño pues si querían que cuidase del edificio era absurdo que la mayor parte de éste estuviese cerrado a cal y canto. Por un momento pensé en llamar al abogado pero al final lo dejé estar, esperaría a hablar primero con Abel por si acaso él tuviese las llaves que abrieran dichas puertas. Habían confiado en mí y tenía que demostrarles que no se equivocaban.

La inspección de la casona no me llevó mucho tiempo, una hora escasa y eso que me dio por mirar debajo de las sábanas que tapaban los muebles para ver si encontraba algo interesante, pero no fue así. Nada de televisión o cualquier otro tipo de artilugio electrónico que

sirviera para el entretenimiento.

En la parte de atrás, en la zona norte había una especie de cobertizo, donde se encontraba el equipo electrógeno que daba luz al edificio, allí también habían una serie de garrafas con gasoil. En un principio pensé en recorrer el islote pero luego lo desestimé, tenía que dejar algo para los días siguientes. Así que el resto de la tarde lo dispuse para sacar las cosas de mi maleta y mi mochila y colocarlas en los diferentes estantes que encontré. Cuando hube terminado el reloj aún no marcaba las cinco de la tarde, no había almorzado ya que había desayunado tarde por lo que preparé una merienda cena. A las siete, tras haber finalizado la comida, intenté sin mucho éxito buscar las señales televisivas; logrando a duras penas coger la señal de la primera, pero de las otras nada de nada. Así que finalmente me acosté cerca de las nueve y media de la tarde, si no cambiaba mis hábitos de vida y buscaba algo que hacer el tiempo que iba a estar en aquel lugar se me iba a hacer larguísimo además de aburridísimo.

Al día siguiente me levanté más temprano, sobre las diez, y fue una suerte. Según me asomaba por la puerta de la casona me pareció escuchar un ruido por lo que rápidamente regresé al interior, y no por miedo si no para ponerme algo de ropa ya que desde la noche que había llegado no había vuelto a vestirme. Me encantaba, como ya dije, la sensación de ir sin ropa. En Santa Cruz dormía desnudo y, desde hacía unos meses, me encantaba ir a las Gaviotas, una playa cercana a la de las Teresitas, donde se podía hacer nudismo sin problemas y de paso darme algún bañito, pero eso sí con cuidado pues había puntos donde se formaba resaca y podía ser peligroso para los que no fueran muy hábiles en la práctica de la natación, como era mi caso.

Tras ponerme unos vaqueros y una camiseta salí, de nuevo, al exterior. Había hecho bien en vestirme pues ya a punto de llegar a la entrada se encontraba Abel portando una caja entre las manos.

—Buenos días —saludé a la vez que levantaba la mano.

El pescador hizo un gesto con la barbilla mientras se acercaba hacia mí.

—Buenos días —dijo cuando llegó a mi lado—. Te traigo algunas cosas que puede que te hagan falta, principalmente comida.

—Gracias, muy amable de tu parte —comenté mientras agarraba la caja.

—No hay que darlas, el abogado manda y paga —respondió a la vez que se encogía de hombros.

Lo miré sorprendido, el hombre no se cortaba decía las cosas como las pensaba o eso parecía.

—No hay nada que debas guardar en la nevera —aclaró al verme ojear lo que había en el interior—. Son latas, pan de molde y unos plátanos todavía un poco verdes, para que te duren más.

Sonreí y entré en la casa, Abel no pasó se quedó esperando en el exterior así que deje el paquete en una esquina de la cocina y volví a salir.

El pescador miraba hacia el oeste, hacia el roque de Lobos que desde donde estábamos se distinguía perfectamente. Al sentir mi presencia se giró.

—Este sitio es un regalo de Dios —suspiró— ¿Cómo lo llevas? Me imagino que para alguien de la capital tiene que ser muy aburrido.

Sonreí, me habían hecho gracia sus palabras: «para alguien de la capital» pues al decirlas había parecido que se refería más a Madrid que a Santa Cruz de Tenerife.

—Sí, me resulta bastante tranquilo —respondí de manera honesta —. Pero sé que al final me acostumbraré.

Abel asintió con la cabeza, luego se rascó el brazo izquierdo y miró de nuevo hacia el mar, esta vez hacia Fuerteventura.

—Me marcho ya, si quieres puedo llevarte conmigo y luego traerte en la tarde. Así te despejarás un poco, hoy es viernes. Aunque si lo prefieres puedo venir mañana sábado.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón, miré hacia la casona y luego hacia donde debía estar Corralejo y Villa Juana.

—Mejor voy hoy. Así miro un par de cositas en las tiendas.

Tras decir esto regresé a la casa para coger un par de cosas y cinco minutos después estaba subiendo a la barca de Abel.

El viaje lo hicimos casi en absoluto silencio, apenas intercambiamos un par de palabras, de frases sin trascendencia alguna. Cuando por fin llegamos a Villa Juana se ofreció a acercarme

a Corralejo en su 127 pero le dije que no que me apetecía caminar que no estaba tan lejos. La verdadera razón era muy diferente e igual de simple me incomodaba aquel silencio entre ambos y el intento de buscar conversaciones banales que no duraban más de un par de frases o de respuestas monosilábicas. Sí aproveché para preguntarle si en Corralejo había alguna sucursal de Caja Canarias. Me contestó que él supiera no había ninguna, ya que en la provincia de las Palmas la gente solía usar La Caja de Canarias. Le di las gracias y emprendí mi caminata a la ciudad.

El calor apretaba con fuerza y me maldije por no haber aceptado la oferta de Abel. Era mediodía cuando llegué. Tenía que darme prisa antes de que los negocios empezaran a cerrar. En verdad no tenía urgencia en ir al banco pero quería asegurarme de contar con una sucursal cercana y no tener que ir hasta Puerto del Rosario. Las calles estaban bastante transitadas para ser un día de diario pero luego caí en la cuenta que ya mucha gente disfrutaba de vacaciones y que, no muy lejos de donde estaba, al lado de Villa Juana, habían varios recintos hoteleros. En seguida pude empezar a ver a grupitos de ingleses y alemanes. En una primera inspección no logré encontrar ninguna sucursal, podría haber preguntado pero mi timidez y la mala relación que había entre ambas provincias me llevaron a no hacerlo.

Al final, cansado y con la camiseta pegada a mi espalda por el sudor, debido en mayor parte por la mochila que llevaba a mis espaldas, decidí pararme en un bar cercano al muelle y tomarme una caña bien fresquita.

Las vistas eran espectaculares: el muelle, los barcos, la gente, el cielo y las gaviotas, hacían que uno no quisiera levantarse de la mesa, bien cubierta por una sombrilla, y que después de la primera llegaran la segunda y la tercera. Almorcé ahí mismo un riquísimo abadejo acompañado como no de otro par de cañas, al final ya empezaba a sentirme un poco achispado así que pedí un cortado para "rebajar" un poquito el alcohol. No quería emborracharme, en dos ocasiones lo había hecho y en ninguna de ellas había disfrutado durante o después del proceso.

Una vez pagué me ofrecieron un chupito pero denegué el ofrecimiento, antes de marcharme memoricé el lugar por si otro día volvía a quedarme por la zona, su personal y sus precios me habían conquistado.

Miré el reloj, marcaba casi las tres y el calor era casi insoportable. Por unos segundos me quedé parado en la esquina de la calle, a

apenas tres metros del restaurante, no sabía dónde ir pues la mayoría de las tiendas estarían cerradas y no abrirían hasta las cinco. Y del banco podría irme olvidando hasta el lunes pues no abrían los sábados. Pensé en volver a mi silla en la sombra pero ya la habían ocupado, un grupo de peninsulares habían hecho suya toda la terraza. Así que emprendí camino hasta otro bar y me tome de la manera más pausada posible un refresco de naranja; para ello me senté en una mesa y saqué una de las revistas que había comprado y la leí lo más tranquila y detenidamente posible. A las cuatro ya había dado cuenta de la bebida y leído lo más interesante así que me fui del local, ya me sentía incómodo ahí dentro y no sólo por la mirada del encargado del bar.

Seguía haciendo calor y el sol seguía brillando con toda su potencia sin ninguna nube que disminuyera sus rayos implacables. Busqué una cabina y llamé a casa, por suerte llevaba varias monedas de veinticinco y un par de cien, aunque al final no me hicieron falta todas. La llamada fue corta mi padre no había vuelto del banco y mi madre iba a salir con mi tía al Corte Inglés a mirar unos bolsos. Nuevamente me quedé sin saber que hacer.

Ese era uno de mis problemas mi costumbrismo, estaba habituado a seguir unas rutinas y raramente me las saltaba. Todo era debido a mi carácter, para una persona como yo que le costaba hablar y por tanto hacer amigos las opciones eran pocas. Envidiaba y me maravillaban las personas que llegaban a cualquier sitio y en cinco minutos ya estaban entablando una conversación con algún extraño. Para mí hasta buscar un tema de conversación, con mi familia o mis pocos amigos, era a veces un auténtico calvario. Por eso prefería encerrarme en mis videojuegos o en ver películas. Al final decidí ir hacia las dunas que estaban al este de Villa Juana y que todo el mundo describía como maravillosas.

Cuando llegué tuve que reconocer que era cierto, el espectáculo era impresionante. Si no fuera por el mar parecería que estaba en el desierto con aquella arena tan amarilla y fina. El viento soplaba con un poco de fuerza pero acostumbrado a como lo hacía en las Teresitas era soportable. La playa parecía no tener fin, me dejé llevar y durante varios minuto estuve caminando alrededor de dunas pasando por dos construcciones hoteleras las cuales, en especial la última que era una especie de mazacote que se levantaba más de siete pisos de altura hacia arriba, harían levantar de su tumba al mismísimo César Manrique, fallecido hacía ya dos años, para exigir que las derribasen pues atentaban a la vista, a la cultura isleña y al buen gusto. Eran edificaciones feas que desentonaban de manera evidente ante la

majestuosidad y belleza natural ahí presente.

Caminé unos metros más llegando a otra zona de dunas y al encontrarme encima de una de ellas me detuve en seco. En la parte baja de la misma había una mujer tumbada tomando el sol. No era la primera persona que veía pero si la primera que estaba completamente desnuda. Descansaba boca arriba con los ojos cerrados, era mayor que yo pero no parecía llegar a los treinta, su pelo era rubio y largo, por lo que asomaba por su espalda le llegaba a la altura de sus pechos, unos pechos grandes aunque no demasiado que se mantenían firmes por su juventud. Había estado ya en otras playas nudistas y nunca me había considerado un mirón pero mis ojos no pudieron evitar bajar la vista hacia su cintura, carente de cualquier pizca de grasa, y a su pubis, perfectamente afeitado, que dejaba ver más de lo que debería de haber visto. En ese momento abrió los ojos y me miró. Sonrió y se sentó sobre la arena, tapando su desnudez, dándome la espalda. En ese momento me sentí terriblemente avergonzado y caminé un par de dunas más donde decidí asentarme.

Permanecí en mi pequeña parcela de arena durante un par de horas. Aproveché para tomar un poco de sol y bañarme y, también, para pensar que mi estancia laboral en Fuerteventura iba a ser más dura de lo que esperaba. Después regresé por el mismo camino hacia Villa Juana, con la esperanza de volver a ver a la muchacha rubia pero por desgracia ya se había marchado.

—Buenas tardes —saludó Antonio, el tabernero, más verme— ¿Qué te pongo?

—Una caña bien fría —respondí mientras me sentaba en un taburete, había una mesa libre pero preferí la compañía de Antonio.

—¿Y cómo lo llevas? —preguntó mientras ponía la cerveza frente a mí.

—Bueno… la verdad es que me estoy acostumbrado —respondí a la vez que me encogía levemente de hombros—. Esto es muy tranquilo. Sin mi familia, sin mis amigos, la tele se ve con interferencias… los días se me van a hacer muy largos.

Antonio me observaba en silencio con una expresión de total atención y concentración hacia mis palabras.

—Lógico esto no es como las grandes ciudades —asintió y miró hacia la entrada del local.

Giré la cabeza en el momento que una joven cerraba la puerta del local. Se acercó hacia donde estábamos nosotros. Sería de mi edad, de pelo moreno casi negro, ojos marrones y una nariz fina que contrastaba con sus labios gruesos y rojos que parecían pintados aunque no era así. Vestía una camiseta blanca, sin dibujo alguno, ceñida que marcaba unos pequeños y erectos senos, junto con unos vaqueros cortos que le llegaban hasta la rodilla. Miró hacia el posadero y levantó la mano en señal de saludo.

—Hola papá, disculpa la tardanza —dijo con una voz suave y risueña, un escalofrío recorrió mi espalda.

—Tampoco ha sido para tanto, cinco minutos nada más —respondió sin mirar el reloj—. Cariño, te presento a Óscar el nuevo guardés del Este. Óscar te presento a mi hija Carmen.

—Hola —saludó y sin pensárselo me dio un beso en la mejilla derecha, sentí que me sonrojaba y se me ponía una sonrisa de idiota.

—Hola —le devolví el sencillo saludo.

La muchacha sonrió y pasó al otro lado de la barra.

—¿Quieres comer? —preguntó su padre— Tengo en el poyo una tortilla de papas acabante de hacer.

—No, gracias —negó la muchacha mientras cogía un trapo y empezaba a secar vasos.

Di un sorbo a mi cerveza y durante un par de minutos guardé silencio, mirando de reojo a la muchacha que había que reconocer era guapa, no al estilo de Alicia Silverston, Nicole Kidman o Robin Wright, pero tenía algo hermoso que hacía que no la pudiera dejar de observar, aunque fuera de manera furtiva.

—¿Y vas a estar mucho tiempo por aquí? —preguntó ella mientras terminaba de secar los vasos.

—No, estoy esperando a Abel para que me lleve —respondí nervioso y en un tono que me pareció un poco bajo, casi inaudible para una conversación normal.

Ella abrió los ojos como platos y empezó a reírse, fue una risa corta pero sonó de una manera dulce y suave.

—No, no… —se secó una lágrima que le caía de unos ojos—.

Perdona que me riera pero me refería si vas a estar mucho en el Este.

Si con el beso me había sonrojado, ligeramente, ahora volví a hacerlo con mayor intensidad. Sería estúpido, acababa de quedar como un idiota ante la primera persona que conocía de mi edad. Siempre me pasaba lo mismo o me quedaba mudo o decía cosas sin sentido.

—No lo sé, todo dependerá de los herederos y de lo que piensen hacer con el islote —respondí encogiéndome de hombros—. Aunque por lo que he oído lo más probable es que se lo quede el gobierno

—Pero para eso queda bastante tiempo —afirmó Antonio, mientras ponía dos tapas de tortilla una frente a su hija y otra frente a mí.

—¡Papa! —protestó la joven—. Te dije que no quería nada. ¿Es que quieres me ponga como una foca?

El hombre sonrió y me guiñó un ojo.

—Como una foca dice, para eso harían falta más de cincuenta tortillas diarias.

Sonreí, tenía razón la muchacha estaba bastante delgada aunque sin llegar a ser alarmante.

Di otro sorbo a la cerveza

—¿Y tú? —pregunté animado por el ambiente y, tal vez, por la cerveza— ¿Trabajas aquí con tu padre?

—No, estoy de vacaciones —respondió mientras cogía un tenedor y comía un poco de su tortilla.

—Está estudiando en la universidad, quiere ser periodista.

Asentí con la cabeza. Una chica inteligente y una tortilla casi tan buena como la de mi madre. ¿Qué más podía pedir?

—¿En las Palmas o en la Laguna? —pregunté con curiosidad, pues no recordaba donde se cursaban dichos estudios en Canarias.

—En Madrid —respondió el padre todo orgulloso—, en la Complutense.

Abrí los ojos como platos mientras tragaba el último pedazo de la

tapa.

—Eso tiene que costar una pasta —comenté sorprendido y eché un rápido vistazo al local.

—Sí, pero por mi niña lo que haga falta —dijo y dio un beso a la muchacha—. Solo quiero lo mejor para ella.

Asentí con la cabeza recordando a mis padres. Era un mantra que los hijos no deberían olvidar nunca: "los padres harían lo que fuera por sus hijos".

—Papá, por favor.

Ahora fue ella la que se sonrojó. La puerta se abrió y apareció Abel, más vernos nos saludó con la mano.

—¿Una o dos? —preguntó Antonio.

—Dos por supuesto —respondió sentándose a mi lado—. Las cosas impares cuanto más lejos mejor.

Le di la razón al marinero y pedí otra cerveza para mí, por primera vez desde que había llegado me sentía cómodo, casi como en familia.

Antonio nos miró a Carmen y a mí y sonrió.

—Oye, ¿Y por qué no vais mañana al cine? —preguntó mirando a su hija—. El chico se tiene que aburrir de lo lindo y así conoce la capital. Seguro que en los multicines La Ola hay alguna película interesante.

La joven miró con cara de sorpresa a su padre y luego a mí. Su mirada era diferente pero en un primer momento no supe qué significaba, para mí determinadas expresiones y silencios son todo un misterio, a veces me considero venido de otro planeta, de Marte por ejemplo.

—Tenía otros planes para mañana, papá —dijo ella a modo de excusa.

—No te preocupes —intervine yo antes de que su padre dijese nada—. Además yo no puedo estar fuera del islote todos los días, me pagan para cuidarlo y mantenerlo. No estoy de vacaciones.

La muchacha sonrió y se puso un refresco de naranja.

—Ves, papá, no toda la juventud está perdida. Aún quedamos algunos responsables. Y, Óscar, tú y yo nos vamos el domingo al cine. Hay una peli que quiero ver, la última de Spielberg, *La lista de Schindler*. ¿Te parece?

—Me parece —respondí a la vez que levantaba el vaso hacia ella para reafirmarme—. Pero lo que no quiero tampoco es abusar de Abel. Él tiene sus cosas que hacer y…

—No te preocupes —Me interrumpió la joven con una sonrisa de oreja a oreja—. Seré tu chófer, yo conduciré el coche y la barca. ¿Me das permiso, papá?

Antonio asintió con la cabeza, mientras despachaba dos cervezas a un matrimonio sentado en una de las mesas.

—Claro que sí, pero ten cuidado —dijo éste a la vez que levantaba una de las manos para que la chica no le interrumpiera—. Ya sé que sabes navegar mejor que cualquier viejo lobo de mar de Corralejo y si me apuras de toda Canarias, pero el mar es traicionero y hay que tener cuidado.

Ella le hizo un mohín y su padre no pudo evitar reírse.

—Entonces el domingo nos vemos —dijo mirándome con sus ojos marrones llenos de brillo y abiertos de par en par—. Como la peli dura tres horas si te parece iremos a la primera sesión y luego me invitas a tomar una hamburguesa o algo así, ¿vale?

Asentí y algo inusual recorrió todo mi cuerpo. Era una sensación extraña mezcla de satisfacción, alegría y miedo. Y en ese instante un montón de preguntas se vinieron a mi mente. ¿Era una cita? ¿Le gustaba o sólo quería mi amistad? ¿De verdad quería ir o solo lo hacía por complacer a su padre? ¿Qué iba a ponerme? ¿Habría plancha en la casa? ¿Debía decirle que ya había visto la película?

6

El sábado fue un día intenso. Tras levantarme decidí limpiar un poco el despacho, o mejor dicho mi dormitorio, y el salón-comedor. Después empecé con la labor que más me importaba, encontrar que ropa ponerme para el domingo. Tras elegir algo sencillo, pues de todas maneras tampoco tenía tanto donde escoger, un pantalón vaquero y una camisa de manga corta me dispuse a pensar la manera de planchar sin tener plancha con qué hacerlo. Tal vez podría haber dejado la camisa como estaba, que yo viera apenas tenía dos minúsculas arrugas que lo más probable desaparecerían cuando me pusiera la prenda, pero mis nervios por la cita, o lo que fuera, con Carmen me hacían comportar como un lunático. A fin de cuentas era la primera vez que iba a salir solo con una chica. Una muchacha guapa e inteligente y, lo que era más importante, sin ningún tipo de relación familiar conmigo no podía ser real. Parecía sacado de una de esas películas románticas de Hollywood como *Dirty dancing*, *El guardaespaldas*, *Ghost*, *Desayuno con diamantes*, *Pretty woman* o *Vacaciones en Roma*, por nombrar solo algunas de ellas. Finalmente se me ocurrió una idea cuando estaba cocinando un poco de pasta para almorzar, ¿por qué no usaba la base caliente del caldero a modo de plancha? Y para mi sorpresa funcionó, aunque no sé porqué me sorprendí si al fin y al cabo el funcionamiento era el mismo en ambos casos. El resto de la tarde lo pasé explorando más a fondo el islote donde me encontraba. Parecía como Robinson Crusoe explorando mi isla. Lo más relevante que pude ver en mi expedición al este del Este fue una pequeña playa de unos veinte metros de largo. Parecía un buen sitio para bañarse, pues una gran roca en medio de la misma y a unos diez metros de la costa rompía todas las olas que se acercaban, pero tenía el defecto de que carecía de algún lugar donde resguardarse de los rayos del sol y eso a mi piel blanca no le venía nada bien. Seguí la línea de costa del este al norte y como ya sabía esta fue elevándose, por lo que parecía el islote se había formado por una erupción volcánica, como el resto de las islas Canarias, y en algún momento, hace muchos miles de años, parte del cono debió colapsar y producirse

un gran derrumbe con su posterior oleaje, que debió de afectar a su vecina Lobos. Al final llegué a un punto desde el cual debían haber de mis pies al mar cerca de treinta o treinta y cinco metros, una altura bastante considerable. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y me acordé del anterior guardés. ¿Sería de aquí de dónde cayó? y si fue así ¿qué hacía en esta zona? Las vistas eran bonitas pero el sitio no era seguro, una fuerte racha de viento como las que había en la zona podría empujarlo, tirarlo, fácilmente al agua. Me acerqué con cuidado al borde y miré, daba vértigo enseguida me aparté unos metros. De pronto un fuerte golpe de viento me empujó y casi llegué al borde sin darme cuenta. El miedo se apoderó de mi cuerpo y me alejé casi corriendo del lugar, hasta que no llegué al caserón no empecé a sentirme mejor. Me senté en la entrada y me llevé las manos a la cara, de haber estado más cerca lo más probable es que me habría despeñado como aquel pobre desgraciado.

Carmen seguía sumando puntos, además de ser una chica guapa, agradable y con estudios resultaba que era una excelente conductora tantos de vehículos terrestres como marítimos. Fue ella, en vez de Abel, quien me vino a recoger en una embarcación similar a una Zodiac, luego me enteraría que a ese tipo de barcas se las llama embarcaciónes semirrígidas.

—¿Y con esto podemos llegar a Corralejo? —pregunté con graves y serias dudas.

Ella se rió y me invitó a que subiera.

—A Corralejo, a Puerto del Rosario, a Sidi Ifni y hasta Madagascar, si la mar no es demasiado mala y no te importa acabar remando —respondió con cierto deje burlesco.

No dije más y la dejé actuar. Iba, igual que yo, bastante sencilla una camiseta blanca y unos vaqueros negros con remaches dorados, el pelo lo llevaba recogido en una trabajada cola de caballo y lucía un discreto maquillaje.

Una vez llegamos a Villa Juana nos subimos en un Volkswagen Polo que por la matrícula no tendría más de dos años.

—¿Es tuyo? —pregunté sorprendido

—Sí, me lo compró el año pasado mi padre cuando me saqué el carnet de conducir —giró la llave del contacto y me miró con una media sonrisa pícara —. Eres muy preguntón, ten cuidado con lo que

preguntas no vaya a ser…

Dejó la frase a medias y no sé muy bien porqué mis mejillas se sonrojaron, a saber qué se le habría ocurrido a mi reprimido inconsciente.

Carmen conectó la radio, rápidamente, reconocí la emisora: Cadena Dial.

—No sabía que se cogía la señal por aquí —comenté mirando el equipo de música.

—Sí, se recibe mejor a medida que se va hacia el sur pero sí —respondió sin apartar la vista del camino— ¿Te gusta? Puedo poner otra si quieres.

—No, gracias. Me gusta, ¿sabías que hasta hace poco no se llamaba así? Se llamaba Radio Corazón.

Carmen me miró sorprendida.

—Tengo familia en Madrid que es donde apareció —dije a modo de aclaración.

En ese momento empezaron a sonar los primeros compases de una nueva canción, según el locutor de La Unión titulada *La casa de los sueños*.

Tú estabas en el sueño

junto al árbol del edén

con el sentimiento cierto

de que todo andaba bien.

Caminando entre los soles

descubrí tu desnudez

en aquel preciso instante

abrí los ojos y no te volví a ver.

Permanecimos gran parte del viaje en silencio, escuchando a

Amistades peligrosas y Viceversa entre otros.

Puerto del Rosario era algo mayor que Corralejo pero aún seguía siendo más pequeño que Santa Cruz o que La Laguna. Encontramos un sitio cerca de los multicines para sorpresa de los dos. Miré con detenimiento la edificación, parecía nueva.

—Lo inauguraron este año —comentó ella a modo de respuesta a ver mi expresión de sorpresa—. Y si has estado en Corralejo habrás visto una obra a punto de terminar. Es otro cine, del mismo dueño que estos y el de Lanzarote. Se ve que debe de ser un buen negocio.

Bajamos del coche y fuimos directos a comprar las entradas.

Cuatro horas después abandonamos la sala. Como la vez anterior que había visto la película tenía sensaciones encontradas aunque en esta ocasión había disfrutado más del apartado técnico, al conocer la historia y la trama de la misma. Carmen parecía seria, a lo largo de la película de sus más de tres horas de duración, apenas habíamos cruzado un par de frases sueltas. Al salir a la calle giró hacia la derecha, en sentido contrario a donde habíamos estacionado.

—Perdona, el coche está por el otro lado —dije en un tono bajo, casi inaudible, tal vez por salir de donde salíamos o, tal vez, por tener que llamar la atención de la muchacha.

Me miró sorprendida por unos segundos, luego esbozó una sonrisa grande que dejaba ver unos dientes blancos y perfectos, como los artistas de Hollywood.

—Perdona tú —comentó mientras me agarraba la mano y tiraba de mí, volviendo a caminar en la misma dirección—. Es la costumbre, siempre que salgo del cine o vengo a la capital voy a tomar algo, aquí cerca. Seguro que te gustará, hacen de todo: hamburguesas, pepitos y cruasanes rellenos. Y los batidos seguro que no habrás tomado ninguno igual de bueno.

Efectivamente, la comida fue excelente. Carmen pidió una hamburguesa con huevo y un batido de fresa que consumió en un abrir y cerrar de ojos. Yo me decidí por un cruasán de pollo y un batido de papaya, quería hacer una comparación con un lugar que solía frecuentar, cerca de la plaza Weyler, Doña Papaya. Como me temía, aunque el batido y la comida eran casi perfectos, no pudieron igualar a aquel pequeño bar que tantos santacruceros conocían y veneraban. Por educación no dije nada al respecto.

Durante la comida apenas hablamos, yo no soy de mucho hablar y siempre me cuesta empezar una conversación pues nunca estoy seguro de qué hablar, de qué puede interesarle a mi interlocutor, y Carmen parecía pensativa.

Cuando terminó con su batido se percató de que la miraba y tras dejar el vaso a un lado sonrió.

—¿Sí? —preguntó mientras cogía una servilleta de papel y se limpiaba su boca, unos labios que parecían formar un corazón.

—Nada, simplemente te miraba —respondí, imitando su acción de coger la servilleta y limpiarme—. Te veías muy pensativa. ¿Era algo de la película?

—En parte, pensaba cómo es posible que la gente pueda hacer cosas tan terribles. Matar y torturar a tanta gente sólo por ser diferentes. Es algo… algo que no concibo.

—Tienes razón, es algo terrible pero el ser humano es así.

Ella sonrió.

—El ser humano… me encanta como te expresas —dijo y extendió su mano que posó sobre la mía—. Eres un encanto. Ha sido una suerte que te hayan contratado para trabajar en el Este, ya pensaba que iba a tener unas vacaciones aburridísimas.

La miré extrañado mientras, a su vez, disfrutaba del contacto de su piel sobre la mía. Ella comprendió mi mirada y se explicó mejor.

—Verás, aunque nací aquí y estudié en Corralejo apenas conozco a nadie. Mis amigas de colegio se han casado o están estudiando y la mayoría se han ido a vivir aquí, a Puerto del Rosario, o a otras islas como Gran Canaria o Tenerife. Cuando llegué hace unos días me encontré que no había nadie de mi grupo, así que me había resignado a pasar el resto del verano ayudando en el bar a mi padre hasta que empezaran las clases y volviese a Madrid. Pero ahora las cosas son diferentes. Podemos quedar de vez en cuando, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Ella retiró la mano y se puso en pie.

—Pero eso sí, la próxima vez que vengamos al cine la escogeremos de otro tipo.

Me puse de pie y tras pagar, a pesar de las quejas de ella, salimos

del local.

—¿No te gusto la película?

—Sí, la película está bien pero a mí me gustan más las de ciencia ficción o las de terror.

La miré sorprendido, no era habitual que a las mujeres les gustasen las películas de ciencia ficción.

—¿La guerra de las galaxias o Star Trek? —pregunté.

—Star Treck —respondió haciendo el saludo vulcano—. Larga vida y prosperidad.

—Vaya, y yo que pensaba que eras perfecta —dije sin darme cuenta que lo hacía en voz alta. Inmediatamente volví a sonrojarme.

Carmen se detuvo y se giró hacia mí. Sonrió y me miró de arriba abajo.

—Perdona Skywalker.

—Yo me veo más como Han Solo.

Ella soltó una fuerte carcajada

—Pues yo te veo más como Yoda o C3PO —dijo intentando evitar reírse. Luego me dio un ligero puñetazo en el hombro—. Y gracias por verme perfecta o, mejor dicho, casi perfecta.

Agaché la cabeza, me moría de la vergüenza, los cachetes me ardían por el intenso sonrojo. Entonces sentí que me abrazaba cariñosamente. Por mi izquierda me rodeó lateralmente, apretando con fuerza y chocando nuestras cabezas.

—Anda vamos que se nos va a hacer tarde.

Durante el trayecto permanecimos en silencio escuchando la radio, de vez en cuando la observaba de reojo y en más de una ocasión nuestras miradas se encontraron. A medida que llegábamos a Villa Juana fui reponiéndome de mi ataque de vergüenza.

Mientras removía con la cucharilla entró una mujer al bar. Vestía toda de blanco y en la cabeza llevaba, si así se podía llamar, algo parecido a un turbante. No llevaba reloj ni joyas, salvo unas pulseritas y un collar de cuentas blancas y azules.

—Es la hermana de la dueña —explicó Lucía, mirando de reojo—. Practica la santería, es una mujer muy agradable y culta.

La mujer de tez morena se acercó hacia nuestra mesa a medida que lo hacía pude comprobar lo mucho que se parecía a la propietaria del local, casi como si fueran gemelas. Tenía una mirada cálida y tranquila. Saludó con la cabeza, Lucía respondió al saludo y yo lo hice también. Miró la mesa y su rostro cambió al ver las fotos boca abajo. Se puso seria y hasta podría decir que en sus ojos había un pequeño brillo de temor. Giró su rostro hacia el mío.

—No tengas miedo, tus eggun te protegerán y guiarán siempre que no los olvides y creas en ellos —me dijo de manera críptica, luego continuó caminando sin decir más ni despedirse.

Miré extrañado a Lucía.

—¿Qué ha querido decir? ¿Qué son los eggun? —pregunté algo nervioso—. Ha sonado muy misterioso.

—No sé. Yo de esas cosas sé poco, lo que la doñita me ha contado. Nada más —respondió mientras hacía un gesto hacia la barra —. ¿Quieres tomar algo más, una copa? Yo voy a pedir un Frangelico.

Tras servirnos las copas, yo pedí un pacharán al ver que tenían de este licor navarro, decidí dar la vuelta a las fotografía que hasta ese momento habían continuado boca abajo. Nuevamente la sorpresa, el estupor y la sensación de irrealidad volvieron a mis ojos y a mi mente. Las tres mujeres tenían un parecido extraordinario. Rubias, ojos azules, piel muy pálida, rostros finos y delgados, labios pequeños. Se podría haber pensado que eran hermanas o familiares muy cercanos genéticamente hablando. De manera repetitiva levanté mi mirada hacia la dueña del bar, recordando a su hermana, luego a las fotografías y vuelta a empezar, era todo tan raro. Parecía como si estuviera en un capítulo de una serie como *Twin Peaks*, *Historias para no dormir* o, la más reciente, *Expediente X*.

—Son muy parecidas, ¿verdad? —confirmó la policía al ver mi rostro.

—Sí, me ha dado una sensación muy extraña. Como si fuera una de esas películas de fantasía con hermanos gemelos y cosas así —respondí mirándola fijamente.

—Sí, pero aquí no hay nada extraño. Ni hombrecitos verdes, ni conspiraciones gubernamentales, nada de esas cosas que tan bien quedan en las películas americanas. En nuestro caso es un cabrón, un hijo de puta, obsesionado por un tipo de mujer y que cree que porque tenga millones de dólares puede hacer todo lo que quiera.

—Y, en parte, tiene razón —comenté de manera pesimista—-. Porque por mucho que hagamos nosotros no podremos hacer nada contra él.

—Tal vez no, tal vez sí. Si conseguimos averiguar quién o quiénes son los responsables habremos jodido a ese cerdo y tal vez haya comenzado su fin o por lo menos tendrá que empezar desde el principio. Lograremos acabar con su coto de caza de aquí, y al informar a la Interpol y a los cuerpo y fuerzas de seguridad de otros países la zona de acción se le irá cerrando.

—Pero él seguirá impune —insistí.

—O tal vez no, no sabemos quién es y por tanto no sabemos hasta dónde llega su inviolabilidad. Pero nadie es impune, puede costar más o menos pero todos terminan teniendo su castigo.

11

La noche pasó rápida, y aunque soñé no recordé nada al despertar. Al abrir los ojos me sentí descansado pero, también, nervioso y excitado. Todo lo que había pasado el día anterior seguía fluyendo por mi mente, como olas que van y vienen a la costa rompiendo de forma cíclica. No podía dejar de ver aquellos tres rostros. Tres muchachas jóvenes, de mi edad aproximadamente, a las cuales les habían separado de sus familias y les habían arrebatado su vida y su dignidad, obligándolas a hacer cosas terribles que prefería no imaginar.

Me levanté y fui a prepararme una cafetera. Miré el reloj, eran cerca de las once. No había prisa, iba a pasar el día en el islote y poco había que hacer. Por un momento me dieron ganas de llamar a Abel para que me acercara a Villa Juana pero al final desistí, tenía que ser responsable y cuidar la casona ya tendría tiempo de sobra para ir a preguntar. Por desgracia Carmen tardaría en volver. Al pensar en ella me sentí triste y por un segundo estuve tentado de volver a la cama, pero me rehíce y seguí con la idea del café.

Mientras se calentaba la infusión fui preparando las cosas en el exterior, prefería hacer mis comidas fuera me gustaba más que dentro. Me sentía más cómodo, más libre, y a la vez disfrutaba del aire y de la luz del día o del manto estrellado de la noche.

Regresé a la cocina justo cuando el café terminaba de subir. Cogí la taza y puse un poco de leche que había calentado, lo justo, y una cucharadita de azúcar. Serví parte de la infusión mientras pensaba que debería de comprar leche condensada en el supermercado de Corralejo y tal vez canela y un limón. Estaba enfrascado con mis elucubraciones cuando me pareció escuchar un ruido. Dejé la cafetera en la cocinilla y presté atención. Parecía que la puerta principal se había cerrado, solía dejarla abierta para que la casa se aireara, pero también le ponía un taco, que había improvisado, para que no se cerrase y así no tener que llevar conmigo la llave cuando saliese a dar una vuelta o a bañarme.

Total no iban a robarme. Me giré evitando hacer cualquier tipo de sonido, mientras se me venía a la mente la pesadilla del otro día. Me paré en seco, ¿acaso todavía estaba dormido?

Toqué el café estaba caliente, pero eso no era suficiente. Y como si ya no estuviera lo suficientemente nervioso se me vino a la cabeza Freddy Krueger, y sus pesadillas. Entonces recordé una cosa que había leído en una revista: en los sueños no se podía leer ni ver las horas, porque parece que son tareas complejas para el cerebro y aunque podemos creer que lo hacemos en verdad no es así , es solo una ilusión. Así que miré mi reloj y para mi alivio, logré ver los números perfectamente y leer la hora que era. Entonces debía de suponer que estaba despierto. Con más ánimo cogí un cuchillo y salí de la cocina. Justo cuando lo hacía choqué de frente con alguien. Ambos gritamos y retrocedimos un par de pasos. Sentí que el corazón se me iba a salir por la boca, tardé unos segundos en recuperar la calma y otro par más en poder hablar.

Junto a mí estaba Carmen que llevaba varios táperes, uno encima de otro, en las manos. Me miró sorprendida y luego empezó a reírse. Al principio pensé que sería una risa histérica pero no era así. Se estaba riendo a gusto y hasta algunas lágrimas llegaron a brotar de sus ojos.

—Vale, vale —dije, cuando al cabo de casi un minuto ella seguía riendo, aunque ya con menos intensidad—. Tampoco ha sido para tanto.

—¡Anda que no! —dijo entre jadeos, cada vez más recompuesta —. Si parecía que habías visto un muerto.

Se limpió los ojos y se puso más seria al ver que mi rostro había cambiado al decir la última frase.

—¿Te pasa algo? —preguntó acercándose a mí.

—No, nada. Me asustaste, no te esperaba. Me habías dicho que no vendrías hasta el mes que viene —respondí de manera atropellada—. Y luego está lo que me contó Abel de la casona.

Carmen sonrió y meneó la cabeza de un lado a otro.

—¡Será cabrón!, siempre cuenta la misma historia. La de la mujer zombi, ¿verdad?

Asentí y le indiqué con la mano que me siguiera a la cocina, ella

entró y dejó los recipientes con comida sobre la encimera, o poyo como dicen en las islas, de la cocina.

—Lo hace para reírse un poco de la gente —explicó la muchacha—. En verdad esta casa, como los que vivieron aquí, cuenta con muchas historias cada cual más increíble. Pero para mí la que podríamos decir que es la versión más realista para ella es la de que fue construida para facilitar el contrabando y la piratería.

Me llevé las manos a la cabeza y me alisé el pelo, debía tener un aspecto terrible, todavía no me había duchado y…

—¡Lo siento! —me disculpé y rápidamente bajé mis manos a mi ingle, me había olvidado que estaba completamente desnudo.

Ella volvió a reírse con ganas.

—¡A buenas horas mangas verdes! —comentó y volvió a llevarse las manos a los ojos para secarse las lágrimas—. Ya disfruté más que suficiente con las vistas.

—Voy a vestirme —volví a disculparme—. Sírvete café si quieres, queda un poco en la cafetera. Ya vengo.

Corriendo me dirigí al cuarto y me puse unos vaqueros cortos y una camiseta, no me calcé pues estaba seguro de que nos quedaríamos en la isla.

Cuando regresé Carmen había sacado los cafés afuera y me esperaba sentada junto a una nevera portátil, de color rojo y blanco con el texto: *Dan'up* escrito en sus laterales. Al ver mi mirada apretó los botones laterales y deslizó un poco la tapa para que viera cuatro cervezas cubiertas de hielo.

—No sabía si tendrías y como ya traía la comida… —comentó guiñándome un ojo.

Me acerqué a ella y le di dos besos, uno en cada mejilla. Ella me miró e hizo un mohín.

—Vaya, te dejo solo dos días y ya me olvidas. Seguro que te has buscado una sustituta —dijo fingiendo estar decepcionada y dolida, de una manera tan exagerada que a duras penas pude evitar reírme—. Es que los hombres sois todos iguales.

Según terminó y sin darle tiempo casi a respirar junté mis labios a

los suyos. Fue un beso lleno de pasión y amor que me hizo sentir cosas que nunca había experimentado. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y luego una especie de calor acompañado de algo parecido a una corriente eléctrica, mientras mi corazón sobrepasaba los cien latidos por minuto. Apenas habíamos separado nuestros labios cuando volvimos a juntarlos para otro beso todavía más apasionado y duradero. Pronto noté que me empezaba a excitar y mi pene empezaba a ponerse firme, por lo que paré y busqué un tema del que hablar y así romper ese momento tan apasionante que sabía que no debía llegar más allá, pues Carmen ya me lo había dejado bien claro. Además del miedo que me daba pensar lo que vendría después de aquella sucesión de besos y caricias, pues a pesar de mi edad todavía era virgen.

—¿Cómo es eso de que aquí se hacía contrabando y piratería? —pregunté con la respiración aún entrecortada por la excitación.

Ella me miró sorprendida pero luego asintió con la cabeza y sonrió. Si no me equivocaba había comprendido mi cambio tan radical.

—Sí, es.. es una de las historias de este islote —respondió mientras de manera suave y delicada se limpiaba los labios con un pañuelo pequeño, con unos finos bordados en sus puntas—. Tal vez, de todas, la más verosímil. Según dice, el primer dueño, un tal Casimiro construyó la casa para poder llevar mejor sus negocios de contrabando y sobre todo su colaboración con cierto pirata, de origen canario apodado *Cabeza de Perro*. Aunque esto último no es muy seguro y posiblemente fuera otro corsario. Según decían parte del botín de este pirata llegaba a manos del tal Casimiro que se encargaba de venderlo a otras personas, devolviéndole parte de lo ganado. Vamos que hacía de perista, o algo parecido.

»Pero si quieres saber más de esta casa puedes ir a Puerto del Rosario, a la biblioteca municipal. Hará unos cinco años que la abrieron pero se han preocupado por surtirla más o menos bien, está en la calle de Ramiro de Maeztu. O puedes hablar con don José, es un cliente de mi padre que suele ir los viernes y los sábados. Es todo un erudito referente a Fuerteventura y Lanzarote, y claro está a sus islotes. Y hablando de otra cosa, más interesante. ¿Qué te apetece que hagamos?

Las horas, como suele ocurrir cuando uno está a gusto y disfrutando de la compañía, pasaron volando. Tras comer y ver juntos, aunque ya ambos la habíamos visto, la última película de *Star Trek*,

nos fuimos a la pequeña playa que estaba al noreste, donde se podía ver el pequeño acantilado.

Fuimos con la nevera portátil y cuatro cervezas que cogimos del pequeño frigorífico de la casona.

—Este sitio es precioso —comentó según llegamos y respiró hondo—. Me encanta sentir el salitre del mar, es una de las cosas que más añoro cuando estoy en Madrid.

No dije nada, la dejé hablar. Estiré las toallas en el suelo y dejé el resto de las cosas a los pies de éstas.

—Y con esos roques ahí no hay grandes olas. Una gozada.

—¿Roques? —pregunté mirando hacia el océano. Ahí sólo veía sobresalir uno.

—Sí —se rió y me miró con ojos brillantes de emoción—. ¿No te fijaste hace unos días? No, tal vez no viniste o la marea no estaba baja. Verás, cuando hay luna llena o luna nueva al llegar la marea baja esta se retira más de lo habitual. Recuerda que todo lo referente al mar tiene que ver con la luna. Al retirarse tanto deja entrever otro dos roques que normalmente están bajo el agua. De ahí que por aquí no veas barcos de gran calado pues podrían correr el riesgo de chocar y hundirse como el Titanic.

Tras decir esto se quitó la camiseta y el pantalón quedando sólo con un minúsculo bikini. Luego sin decir nada se quitó la parte de arriba dejando a la vista sus pequeños pero perfectos senos. Sin darme cuenta aparté la mirada y ella se rió.

—No me digas que te da vergüenza después de haberme recibido desnudo con un cuchillo —dijo y me guiñó un ojo, luego salió corriendo hacia el agua— ¡Tonto el último!

Nos bañamos durante casi dos horas, hasta que al final tuvimos que salir del agua. Carmen tenía que volver a casa.

—Mi padre es buena persona, a pesar de lo que diga mi madre, pero es de los que se rigen por unas normas. Y es estricto en su cumplimiento —comentó mientras se iba vistiendo —. Y una de ellas es que no navegue de noche y otra es que…

Se acercó a mi y me dio un beso, sentí su lengua por toda mi boca y sus manos acariciar mi espalda, de arriba a abajo, hasta donde

acababan mis nalgas

—Que no bese con lengua a los chicos —dijo y rio, con una risa dulce e inocente—. Mañana vendrá Abel a recogerte, tengo que hacer unos recados a mi padre en Pájara y Puerto del Rosario, pero en la tarde nos vemos.

Tras decirlo puse cara de tristeza y con llantos exagerados dije:

—Han pasado un par de días, me das un par de besos y… y ¡ya me abandonas!

Siguiéndome el juego se acercó a mí, me acarició la cabeza con extrema dulzura.

—Toma esto para que te calmes.

Y volvimos a besarnos, el último del día y, como no, el más intenso.

12

El hecho de que Carmen no estuviera libre, en la mañana, me venía de maravilla. Así podría echar una mano en la investigación de Lucía, aunque no confiaba en lograr gran cosa. Y me daba rabia porque ella tenía razón y si no resolvíamos el caso, que parecía lo más seguro, seguirían desapareciendo más jóvenes inocentes.

Mientras Abel manejaba la embarcación aproveché para probar mis dotes detectivescas. A fin de cuentas él llevaba viviendo en Villa Juana desde que nació. Conocía a casi todos y tal vez podría darme alguna información.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —comenté con total naturalidad—. Es curiosidad nada más.

El marinero no dijo nada, sólo movió la cabeza a modo de afirmación.

—¿El trabajo de pescador es rentable?

No se inmutó, siguió mirando hacia el horizonte.

—Depende, en mi caso sí lo es —giró su rostro hacia el mío y sonrió de manera casi imperceptible —. Saco un buen dinero con los restaurantes de playa, y algunas veces con los hoteles. Aunque prefiero trabajar, si es posible, solo con los primeros.

—¿Y eso?

Volvió su mirada hacia la proa, meditó un par de segundos.

—Podríamos decir que los hoteles son… son más serios en casi todo.

Analicé sus palabras.

—Los hoteles quieren facturas y a los otros… les da igual o mejor

dicho prefieren que no.

—Exacto —confirmó mi deducción—. Ya que estamos hablando en plata, sin pelos en la lengua. No me interesan las facturas. Primero porque así pago menos a Hacienda, bastante menos, y segundo evito tener que dar explicaciones sobre mis capturas y el número de estas.

Miré fijamente a Abel, sus palabras me habían descolocado. Acababa de confesarme, en parte, que realizaba actividades ilícitas. A mí, a alguien que apenas conocía.

—¿Me estás hablando de pesca ilegal? —pregunté sin poder evitar cierto tono de sorpresa.

—La crisis no es igual para todos. A los ricos y poderosos hay determinadas leyes y reglamentos que no les afectan para nada. Pero para los que tenemos que luchar todos los días por conseguir con qué vivir y pagar las deudas e impuestos… son auténticos lastres sin lógica alguna.

—Imagino que en esta parte de la isla habrá mucha gente igual, en tu misma situación. Buscando la manera de sobrevivir.

Abel volvió a responder con la cabeza.

—Lo entiendo, pero… —era hora de arriesgarse—. Cómo decirlo… uno empieza para sobrevivir y luego al final lo hace para ganar más y conseguir un nivel de vida superior. Seguro que alguno habrá acabado comprándose un coche de lujo o una casa en una zona mejor.

—Con la pesca imposible, con otras cosas tal vez —dijo Abel, su rostro se había vuelto más serio—. Pero yo no conozco a ninguno que lo haya conseguido. Esas cosas siempre traen problemas. Al principio parecen fáciles pero…

De pronto se calló a la vez que sus ojos se entrecerraban y fijaba su vista hacia el pequeño embarcadero de Villa Juana. Intenté averiguar que miraba pero me resultó imposible, en ese momento. Habían varias personas en el mismo, unas estaban descargando una barca, otras hablaban junto a una farola y dos más se encontraban al final del muelle como si esperasen a alguien. Un minuto después pude distinguir a aquellos dos hombres, eran los mismos que había visto días atrás en el bar, discutiendo con Antonio. Estos hicieron un primer gesto de saludo pero a medida que llegábamos se fueron. Aquello me resultó extraño y más al ver el rostro de Abel, más serio y abstraído, o

tal vez sería mejor decir meditabundo, que de costumbre.

Tras despedirme y darle las gracias empecé mi labor de investigación que por desgracia, y como ya esperaba, no me reportó grandes resultados. Sería cerca de las doce y media, me disponía a ir a *la taberna del Norte*, cuando sonó el teléfono. Era un número de la provincia pero no sabía de que isla ni de quién podría tratarse.

Pulsé el botón de contestar y respondí:

—¡Sí! ¿Quién es? —dije con voz fuerte e intentando que pareciera lo más grave posible, sin saber muy bien porqué.

—Hola, Óscar. Soy Lucía. ¿No estarás comiendo polvorones en julio, verdad? —respondió con sorna.

No dije nada, esperé a que continuase.

—Te llamaba para ver cómo te iba.

—Mal y bien —respondí—. Mal porque no he encontrado por ahora nada interesante y bien… porque Carmen ya volvió.

—¿Pero no iba a estar fuera hasta el mes que viene?

—Era mentira, quería darme una sorpresa.

—Ya veo. ¿Estás ahora con ella?

—No, fue a hacer unos mandados. Podemos hablar tranquilos. ¿Tú has averiguado algo?

—Por ahora nada pero aún me falta ir a Corralejo a preguntar. Hay un par de sitios interesantes. Lo único que he sacado en claro es que la crisis ha afectado a muchos de los habitantes de la zona, incluso al padre de tu novia.

Iba a hacer un comentario sobre lo de mi relación con Carmen y como se podría denominar pero me detuve. Acababa de darme cuenta que había algo que no cuadraba. En un primer momento pensé en decírselo a Lucía pero luego lo descarté. Antes de nada haría un par de averiguaciones y luego, si la cosa lo merecía, se lo comentaría. No era cuestión de hacerla perder el tiempo con hechos que lo más probable no tenían relación con la desaparición de esas mujeres.

—¿Estas ahí? —preguntó al ver que no decía nada.

—Sí, solo pensaba qué hacer ahora. Creo que me acercaré a Corralejo. ¿Nos vemos allí?

—Ya sé que me echas de menos, o por lo menos a mis tetas —respondió y se rio. Parecía que nunca se iba a olvidar de eso—. Pero tengo que hacer unas llamadas y tengo que bajar a la capital. Seguimos en contacto.

—¿Y si tengo noticias o descubro algo importante?

—Llamas al bar y les dejas recado de que te llame. Con calma las cosas se hacen mejor, y al decir esto me refiero no sólo a investigar sino a todo lo demás. ¿Vale?

—Vale —respondí algo azorado—. Perdona que te lo pregunte, pero ¿estás haciendo de hermana mayor, de consejera?

Se hizo un corto silencio y luego volvió a hablar:

—Podría ser, me caes bien. Y si yo fuera tú, iría a la farmacia y compraría unos condones. Ya sabes: *póntelo, pónselo*.

Poco después colgó y yo decidí volver al bar de Antonio para luego tomar rumbo a Corralejo.

Entré en la taberna y miré a mi alrededor, apenas había gente y como casi siempre eran los mismos. Algunas veces llegaban turistas de los hoteles situados más al sur junto a la playa, pero la mayoría de los extranjeros pasaban de largo rumbo a Corralejo. Para visitar una población mayor o como salto para ir a Lobos. Como siempre el padre de Carmen me saludó cordialmente pero había algo en su conducta que había cambiado, no sabía si es que sospechaba de mi relación con su hija o qué pero ya no era igual. Estaba más serio y parecía preocupado. Apenas le entretuve, le pregunté por Carmen y si le había llamado para decirle cuándo regresaría. Me contestó que no pero que no me preocupase que cuando supiese algo me llamaría. Le di las gracias y me fui rumbo a Corralejo.

Aunque no estaba tan seguro como Lucía decidí pasar por una farmacia. El farmacéutico fue bastante amable y, por suerte, a esa hora no había nadie más que nosotros. Fueron de los cinco minutos más vergonzosos y patéticos de mi vida, parecía increíble que una cosa tan sencilla pudiera darme tanta vergüenza, sobre todo porque desde los diecisiete me dedicaba a comprar revistas de adultos.

Pasado el mal trago decidí seguir mis indagaciones, para ayudar a

mi amiga policía, pero enfocando las pesquisas desde otro punto de vista. Y tras preguntar en varios bares, tomando sus respectivas cervezas, pude darme cuenta de que aquel viejo dicho tenía mucha razón: *no es oro todo lo que reluce*.

Almorcé en la localidad y fui al puerto donde hablé con algunos pescadores. Allí pude comprobar que Abel no era el único que hacía negocios turbios con la venta a restaurantes. Pero nadie parecía haber logrado grandes ingresos en los últimos meses con ello, ni con otras cosas.

En una tiendita me hablaron de unos hermanos que sí habían prosperado bastante, hasta el punto de comprarse un BMW 320, pero al final la Guardia Civil los había enchironado hacía un par de meses, por tráfico de drogas entre otros delitos pero nada que pudiera hacer suponer que se dedicaran a la trata de blancas.

A las cinco recibí la esperada llamada de Antonio y regresé a la pequeña aldea.

Carmen me saludó con sendos besos en las mejillas, cosa que se me hizo rara después del otro día aunque entendía sus razones. Antonio me saludó con la cabeza y siguió con sus quehaceres.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó al sentarnos en una de las mesas.

—¡Hmm! No sé —respondí sin poder evitar esbozar una sonrisa.

Ella sonrió y luego acercó su rostro hacia el mío y comprendí que quería decirme algo íntimo.

—Mañana te lo compensaré —dijo y en sus ojos vi un brillo intenso a la vez que en sus labios se formaba una sonrisa llena de sensualidad y erotismo.

Tragué saliva y, sin saber que decir, simplemente moví la cabeza de manera afirmativa.

13

Me levanté temprano, desayuné rápido y me afeité. Si había entendido bien las palabras de Carmen hoy íbamos a tener un día muy intenso y especial. Me rasuré primero la cara, luego los sobacos y por último el pubis. Las piernas y el pecho los dejé como estaban.

Limpié a fondo la zona de la casa que habitaba y cambié las sábanas, poniendo también a airear la habitación.

Sobre las diez y media sonó el teléfono; otro número desconocido pero intuí rápidamente de quién se trataba.

—Oficina central de la TIA, ¿dígame? —respondí con un tono lo más femenino que pude.

—Buenos días, ¿Podría hablar con el agente Mortadelo? —respondió ella, evitando la risa—. Hoy estás de buen humor. ¿Hay algún motivo para ello?

—Podría ser —respondí de manera breve y luego para cambiar de tema pregunté—. ¿Y tú, algún motivo para llamar?

—¡Hmm! Desviando la conversación, interesante muy interesante —fue su respuesta, intentando dar emoción al momento —. Pues sí, he obtenido un par de nombres que investigar: Alejandro Bencomo y Marco Antonio Pérez. Parece que estuvieron cambiando dólares varias veces, en una misma agencia de cambio, y cantidades, aunque no muy altas, interesantes para la investigación.

—Eso es fabuloso.

—Sí, ¿Y tú? ¿Me vas a decir por qué estás tan contento? —inquirió con cierto tono jocoso—. ¿Alguna novedad?

—No, nada… lo único que hoy viene Carmen a comer.

—¿A comer? ¿Nada más? —preguntó con malicia—. Bueno, espero que me hayas hecho caso y hayas comprado condones. Te dejo, mañana hablamos.

A las doce apareció ella con un precioso vestido, casi transparente, de color blanco con flores naranjas. La parte baja le llegaba a la mitad de sus muslos, carecía de mangas y por detrás dejaba ver casi toda su espalda. Una ropa veraniega, cómoda y que pronto me dejó entrever que no llevaba sujetador, al no ver en su espalda tira alguna que así lo indicase. Estaba preciosa. Me acerqué a ella y sin pensarlo la besé en los labios y ella me correspondió con otro aún más pasional.

—Bonito vestido.

—¿Te gusta, de verdad? —preguntó mientras giraba sobre sí misma, haciendo elevarse la parte baja del vestido y dejando ver sus nalgas y unas diminutas braguitas blancas.

Asentí con la cabeza y rápidamente le ayudé a bajar de la barca los pertrechos que traía.

Tras la comida nos pusimos una película que no terminamos de ver. Fue un momento especial, un momento único, un momento para no olvidar y recordar siempre.

Ella apoyó su cabeza en mi hombro, giré mi cabeza y besé su pelo. Levantó la cara y llevó su mano izquierda hacia mi nuca y empujó mi cabeza hacia la suya. Nos besamos y nuestras manos empezaron a recorrer nuestros cuerpos, primero de manera tímida pero a medida que nuestros besos se iban haciendo más pasionales nuestras caricias se hacían más atrevidas. En un momento ella se separó de mí poniéndose en pie. Cogió uno de los tirantes de su vestido y lo deslizó por uno de sus hombros, luego hizo lo mismo con el otro tirante y su vestido se deslizó por su cuerpo hasta el suelo. Con cierta timidez, con ambas manos, se bajó las braguitas. Miré su pubis afeitado pero no al completo dejando una pequeña línea de vello. Me levanté y entonces fui yo quien empezó a quitarse la ropa.

Cuando ambos estuvimos desnudos miramos, durante un momento, nuestros respectivos cuerpos. En sus ojos vi deseo, miedo, pasión y respeto, los mismos sentimientos que fluían en mi cerebro y en mi corazón. Extendió su mano derecha hacia mí, se la cogí con mi izquierda y juntos caminamos hacia la cama.

Aún estaba algo ruborizada y su respiración entrecortada. Miraba al techo, mientras yo acariciaba con suavidad su pelo negro y me deleitaba con aquella nariz tan fina y esos labios gruesos tan sensuales. El resto de su cuerpo permanecía semicubierto, como el mío de cintura para abajo.

—Pareces pensativa —comenté, mientras la besaba cerca de su frente.

—Sí, estaba pensando —confirmó ella y giró su rostro hacia el mío esbozando una preciosa sonrisa—. Pensaba en nosotros, en el mañana.

—¿Y?

—Que no sé cómo vamos a hacerlo —respondió y su rostro se volvió serio y sus ojos reflejaron tristeza desde su interior—. Yo en breve me iré a Madrid y tu te quedarás aquí. Una relación de pareja es algo complejo. Lo sé porque mis padres acabaron divorciándose y odiándose. Entonces, ¿si ellos vivían juntos y acabó mal, qué esperanza tiene lo nuestro? Un amor a más de mil kilómetros de distancia no se puede llevar, en las novelas románticas tal vez, pero en la vida real es imposible.

Sonreí y le besé la nariz, me encantaba sentir su piel en mis labios.

—Bueno, eso tiene solución. Me iré contigo a Madrid, a fin de cuentas soy de allí, del barrio de Moratalaz. Los *godos* añoramos nuestra tierra al igual que las majoreras guapas la suya.

Me dio un rápido beso en los labios y vi, con alegría, que su rostro había cambiado.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Claro, ¿por quién lo haría si no?

Me acarició la cara y esbozó una sonrisa llena de ternura.

—Ojalá fuera verdad, pero tú y yo sabemos que no es posible. ¿Dónde ibas a vivir? ¿Cómo te ganarías la vida?

—Dónde vivir es fácil, tengo familia allí de sobra. Y sobre cómo me ganaría la vida pues buscaría trabajo de lo que fuera. Es verdad que no tengo experiencia pero soy joven y no se me caen los anillos

por ello. Bueno, ahora no.

Afirmó con la cabeza y se levantó de la cama.

—Voy a ducharme, no puedo oler a sexo. Mi padre me mataría.

Diez minutos después regresó envuelta en una toalla y se vistió, mientras yo aproveché para ir a ducharme también.

Una vez me hube vestido me reuní con ella. Estaba haciendo un café y, junto a este, habían un plato con cuatro rebanadas de pan con mantequilla.

La miré unos segundos, hasta que ella se dio cuenta de mi presencia.

—Hola, guapo. ¿Quieres merendar?

—Claro, curiosa merienda.

Ella desvió la mirada hacia el plato y sonrió.

—Cosas de mi niñez, era lo que solíamos desayunar y merendar —dio un pequeño suspiro—. Cuando estábamos todos juntos.

—Te refieres a antes de que tus padres se divorciaran, ¿verdad?

Ella asintió y empezó a servir el café.

—¿Te puedo hacer una pregunta muy personal? —pregunté con cautela—. No quisiera meterme donde no me llaman.

—Creo que después de que me lamieras mi vagina y jugaras, con tu lengua, en mi clítoris ya no tengo nada donde no te puedas meter y que sea muy personal.

No pude evitar esbozar una sonrisa ante su comentario.

—¿Por qué se divorciaron tus padres? Tu padre parece buena persona y tú siempre hablas bien de tu madre, aunque a veces es algo pesada, y eso son palabras tuyas.

—No es oro todo lo que reluce, Óscar —respondió a la vez que me tendía una de las tazas—. Mi padre a veces es un poco… como decirlo… autoritario. A veces se enfada, se cabrea y hace y dice cosas sin pensar. ¿Entiendes?

Hice un gesto afirmativo y dejé el tema. Nos tomamos el café en silencio.

—Tengo que irme ya —comentó ella mientras enjuagaba la loza —. Aunque le dije a papá que estaría en casa de una vieja amiga no quiero llegar tarde. Mañana es luna nueva y no quiero que me pille la caída del sol ni la marea.

Se acercó a mí y me besó. Luego se separó y nos fuimos hacia el despacho que hacía de dormitorio para que cogiera su bolso.

—¿Eso qué es? —preguntó al ver las fotos, boca abajo, que me había dado Lucía.

—Nada, unas fotos que encontré —aceleré el paso, para evitar que ella diera la vuelta a las imágenes. Al hacerlo tropecé con una de las sillas. Cayendo al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó ella mientras se acercaba.

—Sí, no me he roto nada. Pero la rodilla me duele bastante.

Intenté levantarme pero no pude. Carmen puso en pie la silla y me ayudó a sentarme en ella. Se fue a la cocina y de la nevera sacó una botella de agua fría y me la puso junto a la zona del golpe.

—Espera un momento —miró en su bolso y sacó unas pastillas—. Te vendrán bien para el dolor, yo las tomo cuando tengo la regla. Me dan unos cólicos de muerte.

—Gracias —acerté a decir.

No dijo nada, solo un gesto con las manos quitando importancia. Miró de manera disimulada el reloj.

—Se te va a hacer tarde. Vete, ya mañana nos vemos.

—Me da apuro dejarte así —protestó ella.

—No te preocupes, me quedaré aquí un rato y cuando haga efecto la pastilla me prepararé un bocadillo y me acostaré. Hoy creo que dormiré como un bebé —dije intentando quitar hierro al asunto—. No te podré acompañar a la puerta, lo siento.

Ella se arrodilló frente a mí.

—No te preocupes, entonces mañana nos vemos.

Y tras decir esto me dio un beso y se marchó. Me quedé un par de minutos mirando hacia la puerta y, cuando noté los efectos del medicamento, me levanté. Cojeando hice lo que le había dicho a Carmen y me acosté.

14

Un sonido repetitivo y molesto me sacó de mis sueños. De un salto me incorporé en la cama, a la vez que lanzaba un gemido de dolor.

En un principio no sabía de donde procedía ese ruido hasta que caí en la cuenta de que se trataba del teléfono.

Me senté al borde de la cama y miré la pantalla, pero no pude apreciar bien los números, mis ojos aún se negaban a trabajar al cien por cien. Debía de ser tarde porque la oscuridad era total.

Con el corazón latiendo a gran velocidad y asustado, pues a esas horas las llamadas no solían traer buenas noticias, descolgué. No tuve tiempo a decir nada.

—¡Ponme a Carmen ahora mismo! ¿Me has oído? ¡Quiero hablar con ella! ¡Ya! —rugió una voz al otro lado del auricular.

Era su padre, mi corazón se desbocó por completo. Latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de estallar, eran tales sus latidos que me dolía el pecho y de haber tenido la luz encendida seguramente habría notado como la piel se movía con sus brutales sacudidas. A su vez, un sudor frío empezó a cubrir mi cuerpo mientras una malsana sensación y unos pensamientos negros, como la noche, se formaban en mi mente y en mi ser.

—No está aquí. Se fue hace horas —acerté a decir.

—No me mientas, Óscar. Dile que no la voy a pegar, que no la voy a castigar. Por favor, dile que se ponga —dijo en un tono más tranquilo, aunque lleno de desesperación—. Tiene que estar contigo, no… no… no hay otra solución.

—¿Ha llamado a sus amigas? —pregunté al recordar la excusa que le había dado Carmen para poder estar más tiempo juntos—. A lo

mejor…

—Sí, lo he hecho pero… nada —me interrumpió, su tono volvía a hacerse ansioso y a tomar un tono más alto de lo normal—. Por favor, Óscar, dile que ella no es como su madre. Sé que es buena, dile que no la voy a pegar…

En ese momento empezó a llorar y la llamada se cortó. Dejé el teléfono en la cama y me levanté. Me vestí, cogí la linterna y salí al exterior. Corrí hasta el pantalán, esperando que por algún extraño motivo la barca y ella estuvieran allí pero no fue así. Estaba vacío.

Giré sobre mí mismo y por un momento pensé en volver a la casa y llamar a Lucía. Ella tal vez podría ayudarme, era policía. Pero al final no lo hice, a esa hora no había forma de localizarla. Solo tenía el teléfono del bar y estaría cerrado. Me senté en el suelo impotente, quería ayudar, pero no sabía cómo hacerlo desde aquel islote. No podía llamar a nadie y tampoco podía ir a ningún lado pues no tenía medio alguno para moverme. Me levanté y en ese instante vi una luz en el mar. ¿Sería Carmen? A lo mejor se le había estropeado el motor, pero después de tantas horas sería raro que no hubiese llegado a tierra o se hubiese perdido en el Atlántico rumbo al continente africano. De todas maneras era mi única opción, enfoqué la luz de mi linterna hacia aquella embarcación, pues no se me ocurría qué otra cosa podría hacer, y empecé a gritar. Un par de segundos después y ante mi sorpresa la luz se apagó, o no me habían visto o, lo que era más posible, habían decidido pasar de mí. Me quedé parado, cerca de diez minutos, observando y escuchando pero fue inútil. La luz no volvió y un ligero ronroneo que había, en el aire, se fue extinguiendo hasta desaparecer. Tuve ganas de gritar y lo hice, no sirvió para nada porque ni siquiera calmó mi malestar y desasosiego. Regresé al caserón, no había nada que pudiese hacer. Cuando llegase la mañana llamaría a Abel para que me buscase y a Lucía para que me ayudase, porque sin Carmen no creía que mi vida tuviese sentido. Hacía unas semanas que la había conocido pero ya sabía que ella era la mujer con quien siempre había soñado. Podría sonar a romántico idiota, a primer amor o amor de verano llevado al extremo, pero el dolor que sentía en el pecho era terrible. Mientras caminaba las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos, me las limpié y regresé a la cama. Debía intentar dormir un poco, lo más probable que el próximo día fuese un largo, muy largo, día.

A las ocho ya había llamado al marinero el cual quedó en recogerme en media hora. Según me explicó no había aparecido todavía. Antonio y otras personas irían a Corralejo y a otras

localidades de la zona a preguntar. Después llamé a *La Caridad del Cobre* no sabía si estaría abierto pero necesitaba hablar con Lucía. Por suerte en el local ya había gente. Me contestó la dueña y tras hablar con ella quedó en que daría aviso a la joven.

Cinco minutos después el teléfono sonó:

—Buenos días —se oyó la voz de Lucía al otro lado—. Me gustan los hombres madrugadores. ¿Qué pasó? ¿Quieres que te invite a desayunar?

—Carmen ha desaparecido —contesté con un fino hilo de voz entrecortado por la emoción—. No ha regresado a casa.

Se hizo un breve silencio.

—Tranquilo —dijo, al fin, con voz seria—. Seguro que aparece. ¿Sabes quién fue la última persona que la vio y dónde?

—Fui yo, aquí en el Este —respondí tomando aire con dificultad a la vez que intentaba controlar mi estado anímico—. Estaba ya anocheciendo. Habíamos pasado el día juntos. Ella le había dicho a su padre que estaría conmigo y luego con una amiga, fue una argucia de ella para poder estar más tiempo juntos, ya que a él no le gustaba que navegase de noche.

—Entiendo —comentó, su voz era totalmente diferente. No era graciosa, burlona o irónica. Era la voz de la mujer policía, de la profesional—. Me acercaré a Corralejo o a donde tu digas. Así podremos hablar mejor. Cuando cuelgues haré un par de llamadas a gente que conozco. Tranquilízate, Óscar, ya verás como aparece.

Quedamos en vernos en Corralejo, junto a la zona donde salía el barco para Lobos.

Abel apenas habló en la travesía. Me informó de que el padre de Carmen pasó gran parte de la noche esperando en la casa y llamando a conocidos. Luego sobre las seis salió en su búsqueda por la zona. La barca no estaba atracada en el pequeño muelle, por lo que él y otros tres pescadores estaban mirando por el mar frente a la costa. De hecho, cuando me dejase en tierra, él también se pondría a buscar la embarcación por entre los islotes y a lo largo de la costa. Si fuera necesario se acercaría a mirar por la zona de Papagayo, en Lanzarote.

—¿Qué crees que puede haber pasado? —pregunté al pescador.

Guardó silencio pero su rostro estaba más serio de lo habitual. Se giró hacia mí. Su mirada y su voz hicieron que se me helase la sangre.

—Nada bueno.

Tras bajar de la embarcación pasé por la taberna. Estaba cerrada lo que indicaba que Antonio seguía en su búsqueda. Corrí hacia Corralejo.

Me dio un fuerte abrazo que duró unos cinco segundos, luego se apartó un poco de mí y me miró a los ojos. Pegó su frente a la mía, inclinando ligeramente su cabeza.

—Todo irá bien. Aparecerá y esto quedará como una anécdota para vuestros hijos, ya verás.

Intentaba tranquilizarme pero en su entonación noté algo extraño.

—Pasa algo, ¿verdad?

Ella me miró sorprendida. Me indicó con la cabeza las mesas de un bar y fuimos a sentarnos. Esperó a que el camarero nos atendiera. Yo no quería nada pero al final, tras mucho insistir por su parte, pedí un cortado y un sándwich mixto.

—Dime, ¿qué pasa? —insistí.

Se enderezó en la silla y dio un pequeño suspiro.

—He hecho un par de llamadas, a gente que he conocido aquí y… —se calló al llegar el camarero, una vez nos dejó nuestras consumiciones continuó—. Uno de ellos es un cabo de la guardia civil de Puerto del Rosario y me dijo que ayer desapareció otra turista.

La miré sorprendido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que lo más seguro —estaba nerviosa, sabía que lo que iba a decir no me iba a gustar—, aunque no es del todo seguro, es que dediquen más esfuerzos y efectivos a la búsqueda de la extranjera

—Pero, ¿por qué? —pregunté indignado.

—Por el turismo, tienen que dar buena imagen. Las islas tienen que parecer un sitio seguro o de lo contrario nadie vendrá. Canarias vive del turismo, de sus libras, marcos, francos y dólares. Si dejan de

venir aquí no habrá futuro, por lo menos a corto plazo. Dirán que Carmen se fue… que a lo mejor se hartó de todo y desapareció por voluntad propia. Sí, suena absurdo pero es así. Además… si hubieras oído la descripción.

Dejé el café en el plato y me llevé las manos a la boca. Ella asintió.

—Otra más —dije en tono casi imperceptible—. ¡Dios mío! No puede ser.

Y entonces, casi como una epifanía, se me vino a la mente una idea. Una idea que me aterró y que no dudé en plantear a Lucía, esperando que ella me dijese que no, que era una idea absurda, un disparate.

—¿Tú crees que tal vez Carmen viera algo y por eso ha desaparecido? —pregunté mirando alrededor como si esperase ver a los secuestradores por la zona.

Cogió mis manos con las suyas, su mirada bajó a la mesa y luego la dirigió hacia mí, y lo que vi en sus ojos no me gustó.

—Es una posibilidad —respondió, en su entonación se notaba que le costaba decir esas palabras—. Pero no es la única.

El teléfono empezó a sonar y di un brinco en la silla. Ambos miramos la pantallita de éste y Lucía me miró con gesto interrogativo. Me encogí de hombros y negué con la cabeza.

—¿Sí? —respondí con la sensación de que no iban a ser buenas noticias.

—Óscar, soy Antonio —hizo una pausa, mi corazón volvió a dispararse como la noche anterior—. Hemos encontrado la barca… está aquí, en Corralejo… en el muelle. Pero seguimos sin encontrar a Carmen. Te llamaba para que lo supieras, disculpa si fui… me equivoqué, perdóname.

—No pasa nada —dije mientras asimilaba lo que me acababa de decir—. ¿Y nadie la vio llegar?

—No, nadie. Creen que tuvo que atracar en la noche.

—¿Y no hay vigilante, un guarda?

—Sí, pero él está en una caseta y de vez en cuando hace rondas, aunque algunos dicen que se pasa más tiempo durmiendo que despierto. Te dejo, solo llamaba para pedirte disculpas y darte las últimas noticias. Yo sé que tú aprecias mucho a mi hija.

La llamada se colgó. Dejé el teléfono sobre la mesa. Noté la mirada inquisitiva de Lucía.

—Han encontrado la barca, aquí en Corralejo, pero no a ella.

Dio un suspiro y miró hacia el muelle.

—Óscar, vete con ellos y colabora en la búsqueda de Carmen. Yo intentaré contactar con gente que conozco y haré mis pesquisas. Alguien tuvo que ver algo —esbozó una sonrisa forzada y asintió con la cabeza—. Ya verás como aparece. No te desanimes, por favor.

Me encogí de hombros y terminé mi desayuno. Me despedí de Lucía y fui hacia el muelle, de donde presumía me había llamado Antonio para ver en qué podría ayudarle.

15

Fue un día agotador en todos los aspectos: tanto en lo físico como en lo mental. Poco después de dejar a la policía me dirigí al muelle. Allí encontré a Antonio que estaba acompañado de otros dos hombres y de Abel. Me uní al grupo y durante toda la mañana estuvimos preguntando a los pescadores y gente de la zona pero nadie había visto llegar la embarcación ni a Carmen.

Después me subí con Antonio a la barca y miramos si había algo que nos pudiera ayudar, una pista de qué podría haber pasado, pero no vimos nada todo parecía estar bien. Después el padre de la muchacha se empeñó en llevarse la nave a Villa Juana pero le convencimos de que no lo hiciera. No debía de moverla pues si ella no aparecía en unas horas habría que poner una denuncia en el cuartelillo y, seguramente, los guardias civiles que llevasen la desaparición querrían inspeccionar la embarcación. En ese momento nos dimos cuenta de que a Carmen sí le había pasado algo. No tenía sentido que ella hubiese atracado en ese muelle y que, de haberlo hecho, no se hubiese dirigido a casa. Un pensamiento negativo, muy negativo, recorrió mi mente: no la íbamos a volver a ver.

Mi cerebro trabajaba incesantemente y, por desgracia, siempre acababa en el mismo punto: alguien se la había llevado y, lo más seguro, tenía relación con la desaparición de la otra muchacha. No sabría explicarlo pero estaba seguro de que era así. A Antonio no le nombré lo de la turista para que no se preocupase todavía más, aunque sabía que tarde o temprano se enteraría.

En la tarde, sobre las tres, ya hartos de no conseguir nada nuevo, fuimos al cuartelillo. Los agentes que allí estaban nos trataron con bastante amabilidad, y hasta nos pidieron unos cafés y manzanillas al bar de enfrente. Primero hicieron pasar a Antonio para que presentase la denuncia. Después de más de media hora me llamaron a mí para tomarme declaración ya que era el último, que supieran, que la había visto con vida. No tardé mucho, apenas quince minutos, en contestar

las preguntas de los dos guardias que fueron bastante correctos y que, de alguna manera, se percataron de que entre nosotros había algo más que una simple amistad.

—¿Y en el día de ayer tuvisteis algún tipo de discusión? —preguntó uno de ellos, que llevaba el clásico bigote de los civiles de antaño.

—No, señor —contesté de forma simple pero contundente.

—¿Seguro? Mira que eso es normal y más en las parejas —insistió, dejando bien claro que sabían que entre nosotros había surgido algo.

Yo asentí y el interrogatorio continuó durante una decena de preguntas más, la mayoría sin relevancia alguna.

Cuando por fin nos fuimos del cuartelillo eran ya más de las cinco de la tarde. Los agentes nos comunicaron que pondrían en marcha un plan de búsqueda de Carmen pero que por desgracia tenían los efectivos limitados. Fue en ese momento cuando Antonio se enteró de lo de la turista. Se puso blanco como la leche y nervioso, por un momento creí que le iba a dar un desmayo o un ataque de histeria. Pero tras sentarse y respirar profundamente, varias veces, fue recuperando la compostura.

Hasta las ocho de la noche estuve ayudando en las labores de rastreo, pero fue inútil. Era como si la tierra se la hubiera tragado. Abel me llevó hasta el islote para que descansara y me prometió que a la mañana del día siguiente me vendría a buscar para continuar con la búsqueda. Yo hubiese preferido seguir pero pronto anochecería y sería absurdo continuar, la poca visibilidad y el cansancio serían totalmente contraproducentes.

Entré en la casona y me preparé un café. El café, al contrario que a la mayoría de la gente, me relajaba y me ayudaba a pensar. Además, si no me tomaba por lo menos tres tazas al día me daba dolor de cabeza, tal vez esto fuera un signo de adicción. Mientras lo estaba tomando sonó el teléfono. Era Lucía.

—Buenas tardes—dije según pulsé el botón para aceptar la llamada—. ¿Cómo estás? ¿Algo nuevo?

—Buenas tardes, bien, gracias —respondió con tono serio—. ¿Y tú

cómo te sientes? Por desgracia no tengo nada nuevo que darte. Hoy es domingo y es difícil conseguir información. La mayoría de los negocios están cerrados y en las casas no hay nadie, o están en la playa, o comiendo o en el cine. Mañana seguro que todo irá mejor. Pero dime, ¿cómo estás?

—Mal, preocupado. Esto pinta mal, el hecho de encontrar la barca amarrada no es buena señal. No puedo quitarme de la cabeza lo que te dije esta mañana —respondí, mirando el interior de la taza de café como si fuera un oráculo que me fuera a dar la respuesta a mis preguntas y temores.

—Es cierto, es mucha casualidad que las dos desaparecieran el mismo día —confirmó e hizo una breve pausa—. De todas maneras esta vez no creo que les sea tan fácil salirse con la suya. He hecho varias llamadas a compañeros del cuerpo para que estén pendientes en el aeropuerto y en el muelle. Además, también he hablado con mi contacto del CESID, el cual ha hablado con otras personas, no sé cuales, y me ha dicho que la Guardia Civil está avisada de un posible envío por barco de drogas, de un gran alijo, por las aguas de Canarias.

—¿Drogas? —pregunté sorprendido— ¿Por qué drogas?

—No podían decir que un barco llevaba secuestrada a una mujer, sin pruebas, pero un alijo de varios kilos de drogas es otra cosa. Con el aumento del turismo está aumentando el consumo de drogas y con todos los escándalos que están saliendo en la prensa sería bueno, para el gobierno, localizar y capturar un buen alijo de sustancias estupefacientes. La cosa está chunga para González y compañía.

—Entiendo —dije poco convencido, pero sabía que poco más se podía hacer sin pruebas o sospechas de algún tipo—, pero eso no asegura que detengan al supuesto barco que lleve a Carmen y a la turista.

—No, pero si los secuestradores ven las patrulleras de la Guardia Civil y a sus hombres inspeccionando barcos y más activos de lo normal… igual retrasan el traslado o, con un poco de suerte, las liberan.

Las palabras de Lucía no parecían convincentes, eran más como una especie de consuelo, una manera de hacer que me sintiera menos mal y que me relajase. Le di las gracias por todo y, tras quedar al día siguiente, colgué.

Me terminé el café y, tras enjuagar la taza, salí a dar un paseo por

el islote. La conversación con Lucía, al final, me había venido bien. El ver que se estaba haciendo todo lo posible, hasta incluso por caminos poco ortodoxos, me había reconfortado un poco.

Anduve hasta el pantalán y, durante unos minutos, miré el cielo estrellado. Era impresionante la cantidad de estrellas que se veían, gracias en parte a la poca luminosidad artificial y, por otro lado, a la ausencia de la Luna, al encontrarnos en la fase de luna nueva. Caminé siguiendo la costa hacia el este, hasta llegar cerca de la playa de los roques, aunque normalmente solo se viese uno. El silencio y el espectáculo estelar habían conseguido que mi ánimo se hubiese recuperado un poco, hasta ese momento. A pesar de la oscuridad pude apreciar algo junto a la orilla: un bulto de gran tamaño, demasiado grande para pasar desapercibido y eso me heló la sangre. Negando con mi mente, aunque mi corazón decía lo contrario, encendí la linterna. Al ver lo que estaba siendo zarandeado por el suave oleaje el corazón se me detuvo, se paró por el horror. Como había imaginado se trataba de un cuerpo humano. Al ver el cabello negro flotando y el vestido veraniego, que por el agua se trasparentaba dejando ver su cuerpo adolescente y aquellos pequeños y erectos senos, no pude evitar lanzar un grito de negación y correr hacia ella, hacia Carmen. Me tiré de rodillas junto a ella y la giré hacia mí, sus ojos abiertos me miraron sin ver y algo murió dentro de mí. A pesar de que toda ella me decía que ya era tarde intenté reanimarla como había visto, tantas veces, en televisión pero no sirvió para nada. Por unos segundos me volví loco: gritaba, lloraba, me daba golpes en la cabeza y mil cosas más. Al final la razón volvió a mi ser y corrí a la casona a por el teléfono.

Tras mi llamada al 062 regresé junto al cuerpo, lo cogí y lo alejé un par de metros del mar y llamé a Antonio. Apenas pude decir gran cosa. Desde el momento que empecé a hablar me di cuenta de que él había comprendido el motivo de mi llamada. Aún no le había dicho que estaba muerta y ya pude oír sus gritos y lamentos. No recuerdo despedirme, fue decirle que había muerto y que lo sentía y colgar.

La Guardia Civil tardó cerca de una hora en llegar acompañados de un médico. Poco después llegaba el padre de Carmen acompañado de Abel. Pero aún tuvimos que esperar bastante más para que se llevaran el cuerpo de Carmen.

—¿Un juez? ¿Levantamiento del cadáver? —pregunté atónito—. No entiendo.

El cabo me miró y luego al cuerpo inerte de la muchacha, ahora tapado por una sábana.

—Es lo normal en estos casos —respondió de forma escueta.

—Necesitaremos un número de contacto —comentó el compañero que portaba en sus manos una pequeña libreta y un bolígrafo—. Para cuando te citemos en el cuartelillo.

—¿Citarme, por qué?

—Es pura formalidad —volvió a responder de la misma manera de antes, debía de ser su forma de ser o su forma de trabajar, aparentar indiferencia, frialdad y así adquirir un aspecto más profesional.

Dos horas después el juez de guardia terminó su trabajo y acompañado de los guardias civiles y el médico abandonaron la isla, llevándose el cadáver de Carmen al Hospital General del Puerto del Rosario. Según nos dijeron hasta el día siguiente no comenzarían con la autopsia. Antonio y yo nos miramos y asentimos con la cabeza. Sabíamos que en las muertes en circunstancias extrañas siempre se hacía. Y aquella era bastante anormal. Si la barca estaba en Corralejo, ¿qué hacía su cuerpo allí? Era imposible que la marea la hubiese arrastrado hasta el islote y menos que la hubiese hecho recalar en aquella playa.

Antonio me invitó a que fuera con ellos y me quedase en su casa pero decliné la oferta, quería estar solo con mi tristeza e intentar descansar un poco y sabía que esa noche la casa de ese hombre sería un ir y venir de personas dando el pésame, y de llamadas con el mismo fin.

16

No tengo muy claro de dónde vendrá el dicho: *pasar una noche toledana*, pero sí el significado, y eso fue lo que viví desde que el islote se quedó solo para mí y el reloj marcó las siete de la mañana. Lo más probable es que no debí dormir más de una hora y, como mucho, unos veinte minutos de manera seguida. Al final regresé al lugar donde había encontrado el cuerpo y me puse a orar. No soy muy religioso o creyente pero sentí que debía hacerlo. Si de verdad existía un ser superior debía de ayudar al alma de esa pobre muchacha que había muerto de esa forma tan terrible, pues morir ahogado no debía de ser nada agradable. Un par de lágrimas recorrieron mis ojos pero no lloré, me dolía el corazón pero parecía que ya no era tan profundo. Era como si desde un principio hubiera sabido que su desaparición iba a acabar mal y que ahora que había aparecido podía descansar, aunque no olvidar. El teléfono sonó y descolgué sin siquiera mirar quién llamaba.

—¿Sí?

Un breve silencio y luego se oyó la voz dubitativa y grave de Lucía.

—Lo siento, Óscar. Acabo de enterarme. ¿Puedo ayudarte en algo?

Agradecí que no me hiciera las estúpidas preguntas de rigor: ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Sí, gracias. Me gustaría saber todo lo posible sobre lo que averigüe la policía y la autopsia —respondí con la voz más firme que pude—. Esto no ha sido un accidente, no tengo pruebas pero es así.

Otro breve silencio.

—Estoy contigo. Es verdad, no ha sido un accidente e imagino

que los civiles y el juez lo saben. Intentaré averiguar lo que pueda, te lo prometo. ¿Vas a venir por aquí?

—No, ahora me apetece estar solo. Cuando terminen la autopsia y se vaya a velar su cuerpo iré por allí. También estoy esperando la llamada para dar declaración de lo que pasó.

—De acuerdo, aquí me tienes para todo y no te cortes en llamar al bar. Ellos sea la hora que sea se encargarán de hacerme llegar tu recado. ¿Vale?

Le di las gracias y colgué. Cogí aire con fuerza varias veces y, sin pensarlo, me desnudé, me lancé al agua y empecé a nadar mar adentro hasta casi perder las fuerzas. Luego regresé y me dejé caer cerca de donde había aparecido su cuerpo. Estaba exhausto, me costaba respirar y el corazón me quemaba y latía atropelladamente. Tumbado boca arriba mirando el cielo, y justo cuando una pareja de gaviotas lo cruzaba, me juré y juré al mundo que no descansaría hasta que el culpable de la muerte de Carmen terminase en la cárcel o muerto, como ella. Cuando hube recuperado parte de las fuerzas me levanté rumbo a la casona. Mientras lo hacía recordé a mi abuela cuando murió mi abuelo. Habían estado juntos más de cincuenta años y había sido capaz de sobrellevarlo, luego yo no podía ser menos. Ellos habían vivido una guerra civil, una posguerra, el principio de la democracia y el horror del terrorismo vasco; no habían excusas debía seguir adelante y vivir. Carmen había sido mi primer amor pero eso no implicaba que fuese el último y, tal vez, al igual solo habría sido un amor de verano nada más. Seguiría adelante, sin olvidarla y buscando justicia para ella y los suyos.

Para mi sorpresa, sobre el mediodía, apareció Abel. Traía algunos víveres y me preguntó si me apetecía ir a la isla. Le contesté que no y él asintió con la cabeza. Miró hacia el mar, parecía como si quisiera decirme algo y no estuviera muy seguro de hacerlo.

—Adoraba a Carmen, por eso no te extrañes si es capaz de hacer alguna tontería —comentó entre dos mundos, el real y el de sus pensamientos y elucubraciones—. Habría sido capaz de cualquier cosa por ella, y de hecho en parte lo había hecho. Se podría decir que había vendido su alma al diablo.

Se giró hacia mí. Su rostro había cambiado completamente, me miraba con seriedad y con sus ojos recorrió mi cuerpo de arriba a abajo un par de veces.

—Por eso espero que tú no tengas nada que ver con lo que ha pasado. De lo contrario será mejor que te escondas muy bien, que te vayas al mismísimo fin del mundo, porque si no te encontrará y yo iré con él, y Dios sabe que habrías deseado que no lo hiciera —habló de tal manera que se me heló la sangre y recé porque todo acabase solucionándose de manera satisfactoria.

Sin más se marchó.

La soledad del islote a la larga, en contra de lo que muchos pudieran pensar, me vino bien. Sirvió para que me relajase y poco a poco aceptase lo que había pasado, y hasta que pudiese meditar sobre lo que pudiera haber sucedido y por qué. Y siempre llegaba a la misma conclusión: ambas desapariciones estaban ligadas, pero algo seguía sin respuesta. ¿Si la embarcación apareció amarrada en Corralejo, cómo había aparecido su cuerpo en el Este? Me había planteado varias hipótesis pero ninguna me resultó satisfactoria.

Y justo cuando iba a prepararme un café, ya eran más de las cinco, volvió a sonar el teléfono. En seguida reconocí el número.

—Vaya, parece que no puedes vivir sin mí —solté más conectar como intento de hacerla ver que lo iba superando, aunque el tono de mi voz no lo corroborase del todo.

—Mira que te lo tienes creído —respondió ella, siguiendo la broma—. Aunque si quieres nos vemos mañana, para hablar más tranquilos. Hasta te dejaré ver, otra vez mis tetas.

Al oír eso no pude evitar soltar una risita breve.

—Pero no, no te llamaba por eso —continuó con un tono más serio—. Acabo de enterarme que vino de Las Palmas un patólogo forense para la autopsia, a petición del juez, lo que indica que en la primera inspección visual vieron algo que no les gustó. Mañana por la mañana hará la autopsia.

—Eso es bueno, ¿no? —comenté nervioso pero contento a la vez —. Quiere decir que ellos piensan que la muerte pudo no ser… natural.

—Sí, pero ellos no la han asociado, que yo sepa, con las desapariciones de las turistas. Así que los sospechosos serán otros: la familia y gente cercana a ella, y tú serás uno de ellos, lógicamente —respondió con su voz de investigadora.

—¿Y qué podemos hacer?

—Óscar, te voy a hacer unas preguntas y no quiero que te molestes, por favor —hizo una breve pausa—. ¿Tuviste relaciones sexuales con Carmen?

—Sí e hice lo que me dijiste, usé un condón.

—¿Discutiste con ella? ¿Tuvisteis algún tipo de altercado físico?

—¡No! Claro que no. Yo la quería, la respetaba. Jamás le hubiese hecho daño —respondí algo furioso aunque sabía que Lucía hacía esas preguntas para saber cual sería mi situación ante sus colegas.

—Vale, no te alteres. Mañana nos vemos y ahora descansa. Un beso.

Dejé el teléfono en la mesa y me quedé mirando el café, ya frío, por unos instantes y vi, y no sabría decir el por qué, que así se presentaba mi futuro reciente.

Tras otra noche de poco dormir, aunque esta vez no fue tanto por la pena como por la incertidumbre, llegó el martes. Después de desayunar y asearme fui al pequeño embarcadero y esperé a que llegase Abel. Como siempre fue puntual, y tras un breve saludo pusimos rumbo a Fuerteventura. Igual que de costumbre apenas hablamos, su rostro estaba serio y presentaba ojeras bastante pronunciadas.

—Antonio lo está pasando bastante mal —dijo a mitad de camino sin perder la vista del horizonte, como era su costumbre—. Está en la casa esperando poder velar el cuerpo de su hija. Deberías acercarte un rato a hablar con él, tal vez le venga bien.

Asentí con la cabeza.

—Voy a hacer unas gestiones y en la tarde me acercaré —dije en voz baja, con terror a lo que me depararía esa visita.

Nunca me he sentido bien en esas situaciones, por suerte han sido pocas pero me siento completamente fuera de lugar. Sin saber qué hacer, sin saber qué decir.

Una vez en la playa me dirigí hacia Corralejo donde me reuniría con Lucía, en el bar donde habíamos estado el domingo.

—Buenos días, ¿cómo estás? —me saludó más verme, me dio un beso en cada mejilla y, para terminar, un fuerte abrazo—. ¿Has dormido algo? Tienes mala cara.

Le di las gracias y nos sentamos en la pequeña terraza del local. Le expliqué que apenas había descansado estos dos días pero que cada vez me encontraba mejor. La impresión de la noticia y el hecho de encontrar el cadáver iban desapareciendo poco a poco y ya podía afrontar la realidad mucho mejor.

—Me alegro —dijo y esbozó una franca y gran sonrisa.

Esperó a que el camarero llegase hasta la barra para volver a hablar. La sonrisa seguía en su rostro pero había aligerado un poco su intensidad.

—¿Te han llamado? —preguntó sin preámbulos.

—No —respondí y le enseñé el teléfono—. ¿Por qué?

—Porque ya hicieron la autopsia. El médico la realizó a primera hora, pues tenía que volver a Las Palmas donde tiene bastante trabajo pendiente.

—¿Tan rápido? —pregunté sorprendido.

—Sí, su parte es la más rápida, de todas, unas dos horas. Aunque eso depende de la velocidad de trabajo del médico y del estado del cuerpo. Luego queda la parte de las analíticas.

—¿Analíticas?

—Sí, muestras a analizar. Cada día se están descubriendo nuevos sistemas para analizar cuerpos y resolver crímenes. Aquí vamos un par de pasitos más atrás que en otros países pero no demasiado. La que más tardará será la del ADN. Sabes lo que es, ¿verdad?

Asentí con la cabeza lo había visto en alguna película y serie de televisión.

—Entonces,... ¿no pegaste ni forzaste a Carmen? —inquirió de repente, y sentí como si me hubiesen abofeteado con ganas.

—¡No, ya te lo dije! —grité sin darme cuenta por la indignación.

Ella levantó las palmas de sus manos pidiendo calma.

—Te creo, pero quería estar segura. Si se pidió la autopsia es porque había una duda razonable y la más probable es que encontraron contusiones o marcas que no eran compatibles con un ahogamiento. ¿Me entiendes?

Hice un breve gesto de asentimiento.

—Uno de mis contactos me ha prometido que hará todo lo posible por conseguir los resultados de la necropsia. Probablemente esta tarde o mañana.

Me quedé en silencio mirándola sorprendido y asustado, a la vez.

—¿De verdad solo trabajas para el CESID de manera ocasional? Porque conoces a mucha gente.

Ella rió un poquito y esperó a que nos sirvieran para contestar.

—No, no conozco a mucha gente. Es más, sólo tengo un contacto seguro allí, lo que pasa es que está loquito por mí y hace lo que sea por ayudarme. Esperando que algún día… bueno ya tú sabes. Lo que sí es verdad es que ellos tienen gente en todos los cuerpos y fuerzas de seguridad así como en otros sitios. Y la Guardia Civil, aunque ellos también tienen su cuerpo de información propio, no se escapa. El Manglano los tiene metidos por todas partes. Eso sí con ayuda de Felipe González y los suyos, que no te extrañe que un día de estos salga por aquí un Watergate como el de Nixon —explicó con calma, mientras miraba hacia el muelle—. Pero ahora lo importante eres tú. Contesta de manera honesta y sincera cuando te llamen, y cuando termines avísame. Yo mientras seguiré intentando averiguar algo más sobre la última desaparición. Según parece no ha salido de la isla, por lo menos en avión o en ferry. Pero si no lo ha hecho… ¿Dónde está?

17

La llamada no tardó en llegar y a la una del mediodía ya estaba accediendo al cuartelillo. El guardia que estaba en la puerta, tras revisar mi carnet de identidad, me acompañó hasta una habitación no muy grande donde me invitó a que me sentara y sin más se marchó.

Para mi sorpresa la sala, en la cual suponía me iban a interrogar, no se parecía en nada a las de las películas. De tamaño no muy grande disponía de una mesa en medio y tres sillas. El lado que no tenía silla era el que estaba más cercano a la puerta. Durante unos segundos medité donde sentarme, pues dependiendo donde lo hicieran podrían o bien sentarse una persona a cada lado o una enfrente y otra a un lado. Al final me decidí por la segunda opción: una silla enfrente y otra a la derecha. Al sentarme miré a mi alrededor, habían varios papeles pegados en las paredes. La mayoría recordaban el deber de colaboración con las fuerzas de seguridad y el hecho de que encubrir un delito podría ser considerado, por lógica, un delito. También y para mi sorpresa, detrás mío, había un cartel turístico de la isla.

No había aún calentado la silla cuando la puerta se abrió y aparecieron dos agentes, un hombre y una mujer. Ella se sentó enfrente mía y él a mi lado.

—Buenos días, señor Martín —habló la mujer con una voz suave y serena, a la vez que me miraba de manera penetrante a los ojos—. Gracias por venir, esperamos no hacerle perder mucho de su tiempo.

—No se preocupe, tengo tiempo de sobra —respondí cortésmente.

La mujer ladeó la cabeza, hacia la derecha, sin que sus ojos de color miel dejasen de escrutarme, a conciencia, ni un segundo.

—Qué raro, pensé que estaba trabajando en el islote del Este —dijo apenas modificando su entonación.

—Sí —afirmé y en seguida me di cuenta que debía tener cuidado con lo que dijese y cómo lo hiciese—, trabajo allí. Era una manera de hablar.

Me encogí de hombros y ella asintió.

—Antes de nada, él es el sargento Bevia y yo la cabo Chamizo —hizo la oportuna presentación que agradecí ya que ambos iban de paisano.

—Encantado —dije casi de manera automática —. Ustedes dirán.

Ella sonrió mientras el sargento sacaba una pequeña libreta del bolsillo de su camisa, que parecía casi un sello en su enorme mano, la abría y empezaba a escribir.

—Con respecto a una de sus preguntas —habló la cabo sin quitarme la vista de encima—. Sí, todavía tomamos notas además de grabar nuestra conversación. Pues, no es más que eso una simple y sencilla conversación, en cualquier momento es libre de irse. ¿Está claro?

—Sí, está claro. ¿Y cuál era mi otra pregunta? —pregunté algo aturdido, aquella mujer había empezado fuerte.

—Le diré la respuesta. No siempre vamos con uniforme, señor Martín. Los de la UCO solemos movernos más de paisano, principalmente en determinadas investigaciones. Como en casos de drogas o contrabando, por ejemplo. Es más fácil investigar de paisano que dando el cante con nuestra uniformidad. ¿No cree?

Volví a asentir y callé. Ella era la de menor graduación pero se veía que era la de la voz cantante y, perdón por lo que voy a decir, la que la tenía más grande, de los tres.

—Bueno, empecemos. ¿De qué conocía a la señorita Pérez?

¿Pérez? Era curioso pero hasta ese momento no había sabido cómo se apellidaba. ¿Cuántas cosas más habría que no sabía acerca de ella?

—Éramos amigos, la conocí en el bar de su padre, en Villa Juana.

—Entiendo —dijo Chamizo, mientras Bevia tomaba notas en silencio—. ¿Amigos o algo más que amigos? Puede ser sincero, esto es entre usted y nosotros.

Quedaría entre nosotros en caso de que aquello quedase en nada, pero tal como parecía que iban las cosas podía deducir que todo lo que dijese saldría a la luz.

—Solo amigos —mentí.

—¿De verdad, solo amigos? —insistió, como si le costase creerme, como si supiese algo que yo desconocía.

—Sí, amigos. Nada más.

Hizo una pausa, pero no dejó de mirarme cómo si intentase leer mi mente.

—¿Qué paso la tarde del sábado? —preguntó cruzando las manos —. No hace falta que sea muy detallista, por favor.

Por un momento me pareció que esas palabras llevaban una doble intención, o tal vez triple. Parecía querer decir: *sé que estuvisteis follando como conejos así que ahórrate los detallitos y las veces que te corriste.*

—No pasó gran cosa —expliqué intentando poner la cara y voz más ingenuas posibles—. Almorzamos, vimos una película y nos dimos un baño, aprovechó para ducharse aquí y se fue.

—¿Y a qué hora se marchó? —hizo una pausa y sonrió de una manera que no me gustó nada—. Piénselo bien, porque sabemos que antes de las diez no atracó en Corralejo.

Pensé bien la respuesta porque sabía que Carmen había mentido a su padre sobre donde estaría aquel día. ¿Debía seguir con el embuste?

—La verdad es que no miré el reloj pero no debían ser más de las seis. Tenía prisa había quedado con una amiga —respondí, finalmente, sin tener claro si estaba haciendo lo correcto.

La mujer dio un breve suspiro y su rostro se volvió pensativo a la vez que negaba una vez con la cabeza.

—Sí, su padre nos dijo que había quedado con una antigua compañera de estudios, pero nunca llegó a verla —musitó la guardia —. Pero lo más curioso es que según la muchacha no habían quedado ese día.

Su mirada se convirtió en la de un ave rapaz que ha marcado a su

presa, un pobrecito ratón de campo.

Tragué saliva, aquella mujer de verdad que intimidaba y sin uniforme.

—No sé —titubeé y respondí a duras penas, me sentía como al chiquillo que han pillado rompiendo el jarrón chino de su madre—. Eso es lo que me dijo.

—Esta bien, si quiere puede marcharse —asintió mirando hacia la puerta.

Me despedí de ambos y me dirigí hacia la salida. Entonces cuando ya estaba justo en el umbral la voz del sargento me detuvo.

—Señor Martín —habló con una voz ronca, como si hubiera estado toda la noche de fiesta—, ¿tendría problemas en que le tomáramos una muestra de ADN, más adelante, si fuese necesario?

El corazón se me detuvo y, como pude, me giré para mirarlo. Por primera vez, que yo recordase, aquel hombre había levantado su mirada del papel; sus ojos negros como el carbón se fijaban en los míos de una manera intensa que molestaba y obligaba a mirar hacia otro lado.

—No, claro pero… ¿Por qué?

No dijo nada, su vista volvió a la pequeña libreta. Miré a la cabo y tampoco respondió, solo hizo un breve gesto con la cabeza despidiéndome de nuevo.

Aturdido salí del cuartelillo y me dirigí al primer bar que encontré y me tomé un café, para relajarme y asimilar lo que acababa de pasar.

Llamé a Lucía para hablarle del interrogatorio y buscar su apoyo pero lo que encontré fue una regañina de las buenas

—¡Pero eres tonto, Óscar! —dijo más terminar de contarle lo que había pasado—. ¡Cómo se te ocurre mentirles! ¿Crees que son tontos? Deberías haberles dicho la verdad y no protegerte de su padre. Él va a ser el menor de tus problemas. ¿Y ahora qué vas a hacer?

Dudé unos segundos.

—Voy a llamar a Antonio, si ya terminaron la autopsia entonces

ya le habrán devuelto a Carmen —evité decir el cuerpo o el cadáver—. Quisiera verla, si es posible, por última vez.

Al final, y por recomendación de Lucía, llamé a Abel. Me comunicó que el velatorio sería en Puerto del Rosario y que al día siguiente la enterrarían en La Oliva. Se ofreció a acercarme a la capital y una hora más tarde nos encontrábamos frente al edificio en cuestión.

Durante el viaje, Abel me había explicado que había sido la compañía de seguros la que había convencido de hacer ahí el velatorio. Al principio Antonio no había estado de acuerdo pero al final las ventajas que ofrecía le hicieron aceptar dicha opción, en especial la de servir como punto neutral de encuentro con su exmujer. La cual según decía le había hecho mucho daño con su divorcio y en especial con sus acusaciones sobre los malos tratos que había recibido de él. Era verdad que a mucha gente o le había dado igual o habían dado a entender que si él la había pegado por algo habría sido pero también, y no fueron pocos, estuvieron los que se apartaron de él y dejaron de hablarle, entre ellos algunos familiares del posadero.

Respiré hondo e intenté olvidar lo que acababa de escuchar. No era momento de juzgar a ese hombre si no el momento de dar el último adiós a Carmen y compartir el dolor con los suyos.

Entramos en el recibidor del tanatorio y nos acercamos a una especie de pizarra que indicaba qué fallecido estaba en cada estancia. Carmen Pérez, sala dos.

Cuando entramos me sorprendió ver tanta gente. Por lo que sabía de ella era una familia pequeña, solo tenía dos tíos y cuatro primos. Sus abuelos, los cuatro, habían fallecido antes de que ella llegase a cumplir los catorce. Había esperado un ambiente más recogido pero no fue así. La habitación estaba refrigerada y el ataúd, abierto, se encontraba al fondo según se entraba. Estaba a mitad de esa pared, a su lado derecho sentado en una silla y en silencio se encontraba Antonio, y en el otro lado llorando desconsolada la que debía de ser su madre. Junto a ella había una pareja que rondaría la treintena intentando consolarla. Por unos segundos me quedé mirando aquella escena tan triste y deprimente. Tenía ganas de irme, de salir corriendo, pero logré contenerme y, por educación, me acerqué a dar el pésame, primero, a la madre de Carmen.

Caminé con paso lento, evitando mirar hacia el ataúd, mientras pensaba que decir. Yo era un muchacho tímido, de pocas palabras y que jamás había tenido que dar un pésame. Intenté recordar los que

había oído y leído pero ninguna de las cosas que se me vinieron a la mente me gustaba pues ninguna expresaba lo que sentía y lo que, de verdad, quería decir. Cuando me vine a dar cuenta ya estaba frente a la mujer. Esta me miraba desde sus ojos enrojecidos por las lágrimas y la falta de sueño. Primero lo hizo con desconcierto, luego con curiosidad y, finalmente, con un diminuto brillo de alegría.

—Tú debes de ser Óscar, ¿verdad? —habló con voz entrecortada.

—Sí, soy yo —acerté a decir, y sin saber muy bien el porqué me arrodillé ante ella y le cogí las manos—. No puedo sentir el mismo dolor que usted pero si le puedo decir que siento cada segundo su ausencia, pero por suerte siempre vivirá en nosotros. En nuestros recuerdos y en nuestros corazones. Su cuerpo se irá pero su esencia perdurará por siempre.

Mis palabras brotaron de golpe y, por un momento, me asusté de lo que acababa de decir. Esperaba no haber sido demasiado atrevido y fuera de lo convencional.

—Mi hija te adoraba y yo no sabía el porqué. Pero ahora al verte y oírte lo entiendo. Ven aquí —dijo y abrió sus brazos hacia mí. Sin dudarlo me estreché en un profundo y emotivo abrazo con ella.

Después hice lo propio con Antonio, nuevamente evitando mirar el féretro. Al igual que su exmujer me dio un fuerte abrazo y me agradeció todo lo que había hecho por su hija.

Y al fin vino el momento más difícil y más duro, el despedirme para siempre de Carmen. Verla y sentirla por última vez. Me acerqué al féretro y un sinfín de sensaciones pasaron por mi cuerpo y por mi mente. Parecía dormida y me asombré de lo que podían hacer las personas que preparaban a los fallecidos para su descanso eterno. No era aquel cuerpo que encontré en la playa el domingo, ni por asomo. Realmente parecía viva, su piel había recobrado su color y ya no estaba arrugada ni hinchada. Daba la sensación que como a Aurora, la princesa de *La bella durmiente*, con un beso de amor se despertaría. Me agaché y, sin pensarlo, le di un beso en la frente, pero como sabía no abrió los ojos. Luego me erguí y en silencio entoné una oración improvisada por su descanso y una promesa solemne de que tardase lo que tardase su muerte no quedaría impune. La o las personas que habían acabado con su vida lo pagarían, no sabía cómo pero su pérdida sería vengada.

Una vez que terminé me separé del ataúd pues habían otras

personas que querían darle su despedida final.

Al hacerlo me fijé en una persona que acababa de entrar y hablaba, de forma muy solemne, con la madre de Carmen. Era Lucía que vestía con falda y blusa de tonos grises. Después se dirigió a hablar con Antonio y tras esto salió de la estancia. Al hacerlo me hizo un gesto casi imperceptible para que la siguiera.

Salimos del tanatorio y, siguiéndola, caminamos hasta un bar situado a pocos metros de éste.

—¿Qué haces aquí? —pregunté nada más sentarnos en la única mesa que quedaba libre, las demás estaban ocupadas por personas que asistían al velatorio que acabábamos de abandonar.

—Acercarme a la familia para poder investigar de manera más fácil —respondió en voz baja y mirando a su alrededor—. Si queremos averiguar qué le pasó a Carmen y quién se lo hizo no hay otra opción, además estamos seguros de que lo que le pasó está relacionado con la desaparición de las otras mujeres.

Ahora fui yo quien miró alrededor y luego, como había hecho ella, hablé con voz casi imperceptible.

—¿ Y qué les has dicho? No creo que te hayas presentado como policía y menos como una hippie —comenté.

Lucía esperó a que fuéramos atendidos para responder.

—Le comenté que conocí a Carmen en la universidad. Y nos habíamos hecho amigas, aunque yo estoy un curso más adelantado que ella. Que había venido a Fuerteventura a darle una sorpresa y que… la sorpresa me la había llevado yo. Dado su estado de ánimo se lo creyeron —hizo una pausa esperando a que yo dijese algo—. ¿Y tú cómo estás? No ha debido de ser fácil.

Su mirada se dirigió hacia donde se encontraba el tanatorio, mientras nos ponían sendos refrescos.

—Un poco mejor. Al verla ahora he tenido sentimientos encontrados, pero estoy más animado. Aunque tengo una gran rabia por dentro —expliqué mientras me servía un poco de mi Clipper—. Le he prometido que haría todo lo posible por encontrar al que le hizo eso y…

—Cuenta conmigo —dijo y puso su mano derecha encima de mi

mano—. Encontraremos al o a los culpables, te lo prometo. ¿Cómo te fue con la guardia civil?

Le expliqué de manera resumida el breve encuentro y mi impresión de los agentes que me atendieron.

—Son profesionales de la judicial. A esos no se les escapa nada. Lo que hicieron fue una pequeña toma de datos y una primera impresión tuya, para saber hasta qué punto puedes estar implicado.

—Soy inocente —protesté con desgana.

—Lo sé y, seguramente, ellos también. Pero hay cosas que no encajan. ¿Cómo llegó su cuerpo hasta allí si su barca estaba amarrada en Corralejo? ¿Por qué apareció el domingo y no el sábado?

—El mar la arrojaría hasta la costa, después que se ahogara.

Lucía negó con la cabeza.

—No, no es posible. Primero porque de haberse ahogado habría tardado más tiempo en salir a flote y, segundo, las corrientes de esa zona la hubieran llevado mar adentro. Además si alguien la hubiese ahogado habría sido entre el Este y Villa Juana, aún seguiría en el océano o la habría encontrado algún pescador.

Guardamos silencio un momento, hasta que la voz de una mujer nos distrajo hacia una de las mesas. Hablaba alto y sus palabras nos llamaron la atención.

—Te digo que ese islote está maldito. Desde que hay gente viviendo allí solo han ocurrido desgracias. Mira al pobre Ale.

—¿Ale? —preguntó la mujer que compartía la mesa, mientras jugaba con una taza de café vacía.

—Sí, mujer. Alejandro, el guardés —respondió levantando aún más la voz—. El hijo del viejo Bencomo, el del molino de gofio.

—Sí, es verdad. Qué desgracia, se despeñó el pobrecito —asintió la otra mientras se persignaba—. La verdad que vas a tener razón.

—No las hagan caso, por favor, no son más que chismosas, gente sin nada que hacer —dijo una voz tras de mí, tan inesperada, que nos hizo dar un pequeño brinco a los dos—. Perdonen si les asusté. No era mi intención.

Nos giramos hacia nuestro interlocutor. Era un hombre de edad avanzada, más de sesenta años, de abundante pelo cano, gafas pequeñas y bigote ancho pero bien recortado. Vestía un traje negro con su correspondiente corbata.

—No, no nos ha asustado —respondió Lucía con una amplia sonrisa—. ¿Quiere acompañarnos?

El hombre se sentó, rápidamente, sin apenas haber tenido tiempo para meditar la pregunta.

—Gracias —dijo al terminar de acomodarse—. Sois muy amables. Mi nombre es José, José del Monte.

—Yo soy Lucía y él es Óscar —respondió la policía, mientras llamaba a la camarera.

—Encantado. Un cortadito, por favor. Gracias, por su invitación —dijo, mirándonos con atención a ambos—. A ti, Óscar, creo haberte visto en Villa Juana. ¿Verdad?

Corría como un galgo pero mi rabia hizo que pudiera alcanzarlo tras varios minutos de persecución. Había ido bajando la velocidad, poco a poco, a medida que se había dado cuenta de que había tomado el camino equivocado. Llegamos hasta una especie de sala, la galería se ensanchaba bastante y allí habían varios fardos de buen tamaño así como unas cajas más pequeñas aparentemente de metal. Era el lugar donde guardaban la droga que luego iban distribuyendo por la isla.

—¡Vete, déjame en paz! —gritó Mustafá—. Si te vas te prometo que no te mataré.

Mostró un cuchillo de grandes dimensiones, mayor que el que yo tenía.

—Esa mierda de navaja, no te valdrá de nada. Si no te vas te abriré en canal pero no dejaré que te mueras, lo haré de tal manera que vivas y sientas como los cangrejos te van devorando tus tripas.

No sé el porqué pero me reí soltando una potente carcajada. Tal vez porque lo que acababa de decir era una solemne gilipollez o tal vez porque en ese momento no era yo, era mi Mr. Hyde, era mi parte más oscura, la parte de mí que quería vengar la muerte de la pobre Carmen.

Lancé una mirada rápida a mi alrededor y vi un viejo taburete de madera. Estaba ya para el arrastre, lo cogí de una pata y lo estrellé contra el suelo rompiéndose. Tomé uno de sus extremos y lo miré, era tan grande como el cuchillo del moro. Me pasé la madera a la mano derecha y en la izquierda sujeté la navaja, la idea era muy simple golpear con la derecha y cuando se defendiera clavarle el cuchillo donde fuera, a ser preferible en el brazo derecho o en un muslo. Mustafá pareció comprender mis intenciones porque cogió una de las cajas de metal y la lanzó con fuerza hacia mí. Apenas tuve tiempo de girarme y sentí como me golpeaba en una pierna, lancé una maldición pero el daño no fue de gravedad.

El cobarde violador, pues es lo que era, salió huyendo, cosa que no me extrañó. ¿Qué se podía esperar de alguien que abusaba de mujeres y además indefensas, ya fueran atadas o moribundas? Corrí detrás de él, las fuerzas me fallaban y la pierna me dolía pero las ganas de venganza, y el hecho de saber que iba a conseguirlo, me dieron la energía suficiente para seguir adelante. Hasta que nuevamente el marroquí se detuvo y se giró hacia mí, en su rostro se podían ver tanto la ira como el miedo. A medida que me acercaba

pude comprobar por qué se había detenido, frente a él ya no había tierra, sólo el mar. Habíamos llegado hasta el final de la galería, ya no podía huir ya solo podía enfrentarse a mí.

Dejé de correr y empecé a caminar despacio hacia él, lo hacía tanto para intimidar como para ver a la persona a la que me enfrentaba. Era un poco más bajo que yo, apenas dos o tres centímetros, y su cuerpo era muy delgado pero no debía dejarme engañar pues la vida en el mar es una vida dura, lo más probable era que sería pura fibra, puro músculo, sin nada de grasa. Pero eso no quería decir que fuese más fuerte que yo o que fuera a vencerme, se veía miedo en su mirada y eso era un punto a mi favor.

—¡Vete! ¡Vete! —chilló, luego dijo un montón de frases en árabe u otro idioma parecido que no entendí.

Cuando ya estaba a una distancia prudente, en la cual él no me podría hacer nada con su cuchillo, me detuve y sonreí. Esbocé una sonrisa parecida a las de Hannibal Lecter, en el *Silencio de los corderos*, que debió funcionar porque mi oponente dio otro paso hacia atrás introduciendo su pie derecho en el agua de mar. Y en ese instante chillé y cargué contra él. Como ya esperaba, intentó atacarme primero y cuando lanzó su brazo armado contra el mío lo esquivé pivotando, usando mi pierna izquierda de apoyo, a la vez que descargaba un fuerte golpe con la pata de la silla que aún llevaba conmigo. Gritó y maldijo algo que no entendí a la vez que soltó el cuchillo, momento que aproveché para lanzar un rápido movimiento con mi brazo izquierdo para intentar apuñalarlo. Pero él también vio mi jugada y logró parar el golpe y sujetar mis muñecas con sus manos. Forcejeamos pero nada, estábamos en una posición de tablas y entonces me acordé de Lucía. Me acerqué a él y rápidamente levanté mi pierna contra sus testículos. Ahora no gritó ni gruñó solo gimió, me soltó las muñecas y cayó de rodillas, momento que aproveché para darle un fuerte plantillazo en su pecho que lo tiró al agua. Al caer dio un ligero gruñido, su rostro reflejaba sorpresa y miedo.

Me acerqué a él y me arrodillé, le agarré del cuello y le hundí la cabeza en el agua. Con sus brazos intentó golpearme, arañarme, producirme algún tipo de daño pero por suerte el pánico le dominaba y sus golpes eran como los de un niño de cinco años, molestaban pero no dolían. Saqué la cabeza del mar cuando imaginé que estaba ya a punto de ahogarse, de empezar a tragar agua, y le escupí en la cara.

—Así que eres de esos, ¿verdad? —le chillé con odio y repugnancia—. ¡De esos que tienen que ir en grupo, que son unos

cobardes de mierda! Esos que solos no se atreven a hacer nada, que solo saben esconderse.

Le volví a hundir la cabeza en el agua y la volví a sacar, al cabo de casi un minuto.

—Me das pena. ¿Sabes una cosa? Vas a morir y vas a morir como un perro, ahogado.

Otra vez más lo sumergí pero en esta vez no volví a dejarle respirar, lo aguanté hasta que dejó de moverse y después de eso esperé lo que calculé serían tres minutos más. Tenía que estar seguro de que esa escoria estuviera muerta y que, de ahí, fuera a pudrirse al mismísimo infierno.

Me levanté y corrí hacia Brooke. Estaba tumbada en el suelo, parecía dormida, me agaché y le tomé el pulso. Era muy débil al igual que su respiración, veía su torso desnudo subir y bajar mínimamente. Me quité mi camiseta y, con mucho cuidado y respeto, se la puse. Luego corrí hacia la cancela esperando que estuviera abierta.

25

Para desgracia nuestra la verja estaba cerrada. Forcejeé con ella pero fue inútil, la llave estaba echada. Me quedé mirando durante unos segundos intentando averiguar la manera de abrirla, pero por desgracia yo no era MacGyver para inventar cualquier tipo de ganzúa o explosivo con mi navaja suiza, un chicle y a saber que otra cosa más. Debía de salir de allí ya, necesitaba buscar ayuda para la muchacha pero no había salida. Bueno, no había salida fácil porque quedaba la otra opción: la mala, la que llevó a la muerte a Carmen. Era una locura pues yo no era un gran nadador, es más yo había aprendido a nadar por mi cuenta. Nunca había ido a una escuela de natación. Aprendí un día en la piscina privada que había en el pueblo donde veraneábamos, cuando íbamos a la Península. Primero a hacer el *muerto*, después a ir de espalda y, poco a poco, terminé nadando al estilo crol, o algo parecido. Pero lo peor era que primero debería de salir buceando y ahí yo tenía un gran problema, no era capaz de bucear con los ojos abiertos en agua marina, mis ojos se irritaban enseguida.

Empecé a dar vueltas, como si fuera un perro con intención de acostarse, mientras me llevaba las manos a la cabeza intentando buscar otra opción pero por desgracia no la encontré. Cada segundo era importante así que salí corriendo al otro lado de la galería. Cuando llegué tomé unos segundos para descansar y relajarme, o al menos intentarlo.

Más tranquilo me acerqué al agua, apartando el cuerpo inerte del marroquí a la orilla, y me mojé la nuca, los brazos y el pecho. Después inhalé y exhalé profundamente tres veces y volví a inhalar llenando mis pulmones desde abajo hasta arriba del todo, era una técnica que me habían contado ayudaba a aumentar la capacidad de los pulmones y esperaba que fuera cierto. Terminado me sumergí en el mar.

Por suerte no tuve que tomar muchas decisiones para salir, el camino bajaba uno o dos metros y después seguía recto varios metros

más hasta el océano. Cuando por fin conseguí salir me puse tumbado cara arriba, haciendo el *muerto*, mientras intentaba recuperar algo de fuerza. Pero me sentía muy cansado, llevaba muchas horas sin dormir, sin comer, sin descansar y con un estrés considerable. No sabía si sería capaz de llegar a la orilla. El mar estaba algo movido y notaba las olas que me movían de un lado para otro, esperaba que me acercasen a la orilla y no que estuviesen haciendo todo lo contrario. Por desgracia no fue así, cuando volví a ponerme en posición para ver la costa sentí que me fallaban los brazos y los pies. En los pocos minutos que me había quedado tumbado recuperando fuerzas el mar me había alejado bastantes metros, iba a ser misión imposible pero no había otra opción. Hiciera lo que hiciera moriría ahogado, por lo menos habría que intentarlo. Así que empecé a dar brazadas.

En un principio nadé hacia la costa pero pronto comprendí que era absurdo, no conseguía avanzar nada. Cambié de rumbo y lo que hice fue seguir la costa hasta que encontrase una zona donde la marejada no fuese tan fuerte y pudiera entonces encarrilarme hacia tierra firme. Pero lo que temía sucedió, los brazos empezaron a pesarme como si fueran de hormigón, las piernas casi no podía moverlas y, en un momento dado, la izquierda sufrió un terrible calambre y el músculo de mi muslo se encogió. Me puse nervioso por el dolor y la imposibilidad de mover la pierna, me hundí apenas unos centímetros pero al hacerlo tragué agua y empezó a darme la tos.

Todo sucedió muy rápido cuando quise darme cuenta mis piernas ya no me obedecían. Entré en pánico y empecé a mover los brazos a lo loco y a tragar agua. Al final mi cuerpo se rindió y perdí la conciencia, o por lo menos parte de ella porque sentía como mi cuerpo se iba poco a poco hundiendo.

No tenía miedo, sabía que iba a morir pero no tenía miedo. Solo sentía no haber podido ayudar a la joven británica porque a Carmen ya la había vengado.

Entonces sentí que algo me golpeaba en la espalda, no sé lo que fue pero era algo duro. Seguí hundiéndome y volví a sentir que algo me golpeaba pero esta vez en el pantalón, y dejé de hundirme. Al instante sentí algo a mi alrededor. Algo que tenía brazos porque me agarró y tiró de mí hacia arriba, pero no solo era esa persona quien tiraba de mí. Lo que se había enganchado a mi pantalón también jalaba de mi cuerpo hacia arriba y entonces una palabra se vino a mi mente confusa: bichero.

Cuando por fin recuperé la conciencia estaba en una barca y

alguien me abrazaba con fuerza. Al abrir los ojos encontré frente a mi una camiseta mojada que dejaba entrever unos pechos desnudos, con sendos pezones erectos por la brisa que soplaba.

—Óscar, te prometo que un día te dejaré jugar con ellas pero deja de mirar mis tetas, ¿vale? —me regañó una voz que conocía bien y que ahora parecía la de un ángel.

—Vale, Lucía —contesté antes de volver a la inconsciencia.

26

No, no estaba muerto a pesar de no sentir ningún dolor y sentirme descansado y en una más que grata paz. La cama del hospital era muy cómoda, limpia y, a pesar de estar en verano, bastante fresca.

Alguien tocó un par de veces en la puerta y esperó.

—Adelante —dije sin poder evitar soltar un pequeño gallo.

La puerta se abrió y ante mí estaba la persona a la que debía la vida, la amiga que a todo el mundo le gustaría tener.

—Mejor no te dediques al cantó —se burló ella de mi inesperado gallo—. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondí, mientras ella acercaba una silla a mi cama—. ¿Y Brooke?

—Viva, gracias a ti. No veas todo lo que dijiste cuando estabas medio inconsciente, hasta el propio Abel se sonrojó y todo —respondió con una amplia sonrisa—. Hay un par de cosas que ya me explicarás. Está en coma pero los médicos son muy optimistas. Le están poniendo antibióticos y mucho suero, sufría de una deshidratación severa.

—Gracias, Lucía —volví a agradecerle por enésima vez—. No sé cómo te lo voy a pagar, estaré en deuda contigo para siempre.

—Déjate de tonterías —protestó mientras me cogía la mano derecha con la suya—. Para eso están los amigos.

—¿Y del Monte? —pregunté de repente, acordándome que estaba todavía libre.

—Detenido, no te preocupes. Ya no te podrá hacer daño. Es más, también se ha interceptado un pesquero de bandera marroquí en Las

Palmas. Los dos marroquíes formaban parte de su tripulación. Por lo visto la Guardia cCivil y la policía marroquí ya le habían echado el ojo.

—Y ahora, ¿qué será de mí? —pregunté recordando todo lo que pasó en el pasadizo.

—No entiendo —contestó ella poniendo cara de sorpresa, aunque enseguida noté que era un gesto fingido.

—Por la muerte de los marroquíes.

—Sigo sin entenderte, Óscar. Uno lo debió de matar Antonio antes de que a este lo matara del Monte —contestó como si contara el argumento de una película —. Y del otro… bueno ese será difícil saber qué es lo que le pasó. Parece que parte de la galería se hundió, tenía muchos años y poco mantenimiento.

Me incorporé en la cama aturdido por lo que estaba escuchando.

—No entiendo nada —acerté a decir—. ¿Me lo podrías explicar todo de manera que pueda entenderlo?

Me soltó la mano y se enderezó en la silla.

—De acuerdo, te lo explicaré todo —se levantó y cerró la puerta, luego volvió a sentarse—. Pero, antes de nada, debo decirte que fuiste un inconsciente por entrar ahí solo. Habíamos quedado para ir juntos y gracias a eso te salvaste, de no haber quedado ahora estarías muerto. Me dan ganas de pegarte una buena azotaina porque te comportaste como un niño chico, como un loco.

Mientras hablaba me miraba con gesto serio, tan serio que no pude evitar reírme.

—Lo que faltaba encima te tomas a recochineo lo que te digo, hay que joderse —protestó, intentando evitar reírse—. Bueno, a lo que iba. Después de que te encontráramos te llevamos al centro de salud más cercano y allí llamé al cuartelillo, en seguida se presentaron el sargento Bevia y la cabo Chamizo. Les expliqué quién era y que estaba investigando, por mi cuenta, la desaparición de unas mujeres en la isla. También les conté tu hallazgo del pasadizo y de nuestras sospechas de que las mujeres estuvieron ahí escondidas, y que tanto el guardés como Antonio podrían estar implicados. Así que viendo tu estado y nuestras pesquisas accedieron ir al Este y mirar en la galería. Allí encontramos a Brooke Williams, la última desaparecida, también

el cadáver de Antonio y de un magrebí muerto. Mientras Abel ayudaba a la cabo a sacar a la muchacha a la casa, el sargento y yo seguimos adelante y encontramos el zulo donde escondían la droga.

Hizo una pausa, cogió mi vaso con agua y bebió un trago.

—Espero que no te importe.

Negué con la cabeza.

—Mientras el sargento Bevia se quedó tomando nota, de los fardos de hachís y de los maletines con cocaína y heroína, yo continué por la galería hasta llegar al final donde encontré al otro marroquí muerto. Comprendí que habías sido tú quien lo había matado y, probablemente, al otro también así que regresé a donde estaba el guardia y le convencí de que debíamos de volver y de que más allá no había nada. Accedió a regañadientes y volvimos con la barca a Corralejo. Ellos se fueron con la joven al hospital, dijeron que después irían a hablar con sus superiores para comentar lo que habían visto y solicitar las órdenes pertinentes para poder realizar un registro de acuerdo a la Ley y poder sacar la droga y ponerla en lugar seguro. Además intentarían conseguir una orden de detención para José del Monte y, otra, para poder registrar la casa y todas sus pertenencias a conciencia.

»Tenía el tiempo justo para evitar que te implicasen de alguna manera, así que hablé con Abel. Algo me decía que él no tenía nada que ver con ellos y, efectivamente, no me equivocaba. No sabía nada de la droga y menos de las mujeres desaparecidas, aunque no era trigo limpio del todo. Debido a la crisis había tenido que buscar otras formas, menos legales, para conseguir llevar más dinero a su casa, pero como no le gusta hacer daño a otras personas lo que hizo fue dedicarse a la pesca ilegal usando nasas para langostas, en zonas no permitidas, y explosivos para pescar de manera más rápida. Luego lo que conseguía de forma ilegal lo vendía a hoteles y a restaurantes en gris o en negro, sin factura pero a veces de manera ilegal. En especial las langostas donde sacaba un buen pellizco. Me arriesgué y le pedí ayuda para evitar que acabases en la cárcel, y no lo dudó ni un segundo. Se ofreció para lo que hiciera falta, por lo visto le has caído bien. Vete tú a saber por qué.

Paró de nuevo y bebió más agua.

—¿Quieres que llame a la enfermera para que traiga más? —preguntó con sorna.

—Si fuera cerveza sería mejor —respondió y me guiñó un ojo—. Como te decía se ofreció a ayudarte. Regresamos a la casa, entramos a la galería e hicimos estallar un par de barrenos, los justos para que se derrumbase parte de la galería y ocultase el cadáver que estaba junto al agua. El otro, con ayuda de la señorita Williams se lo cargaremos a Antonio que ya no podrá defenderse. Además, todo el mundo se lo creerá pues pensarán que él se volvió loco al enterarse de que su hija había sido forzada por esos desgraciados.

—¿Y no podríamos haber hecho lo mismo con el otro? —interrumpí a Lucía que no pareció molestarle.

—Sí, tal vez, pero allí había una navaja, un cuchillo, la pata de una silla, muchas cosas que indicaban que había habido lucha. Sería difícil explicar los hechos. Mata primero a uno, corre a por el otro y acaba con este, regresa a donde estaba el primero y del Monte lo mata. ¿Por qué? ¿Por qué no lo mató antes? En cambio, de esta manera si deciden sacarlo de toda esa maraña de piedras, los forenses, no podrán determinar con seguridad las causas de la muerte. El cuerpo deberá estar hecho papilla ante tantos cientos de kilos de roca.

»Así que no te preocupes por nada, descansa porque ya hiciste lo que tenías que hacer: justicia a Carmen. Y lo que es mejor, he hablado con mis superiores y me han pedido que haga un informe lo más detallado posible para enviarlo a la Interpol. Tal vez no acabaremos con la explotación de las mujeres pero sí con las desapariciones aquí en Fuerteventura.

Asentí, otra vez, con la cabeza y cogí la mano de Lucía, todo había terminado para siempre aunque por desgracia esto hubiese implicado tanta muerte en el Este.

Epílogo

Una semana después estaba de regreso en Tenerife. Julio Alcázar regresó de sus vacaciones para hacerse cargo de la casona y de mí, cosa que me sorprendió gratamente.

José del Monte fue detenido he imputado de cargos de asesinato, homicidio, secuestro y de posesión y venta de sustancias estupefacientes. No fueron admitidos los cargos de miembro de banda organizada y trata de blancas por falta de pruebas. Aún así, según Lucía, con lo que le caería de condena lo más probable es que acabaría sus últimos días en prisión.

Dejé la jarra de cerveza, ya era la tercera, en la mesa y miré, detenidamente, a Lucía. Estaba espectacular con aquella blusa vaquera de manga corta, que se le pegaba al cuerpo casi como una segunda piel. La llevaba desabrochada lo justo para dejar el inicio del canalillo de sus pechos, una insinuación más que sugerente.

—¿Qué piensas? —preguntó Lucía tras finalizar su cuarta jarra.

—Qué voy a hacer ahora —respondí agarrando mi copa y finalizándola también—. ¿Tú podrías recomendarme para trabajar en tu equipo?

Ella sonrió.

—Óscar, entrar en la Unidad de Drogas de Europol no es fácil. Además, ¿no crees que deberías hacer algo antes?

—¿El qué? —pregunté sorprendido.

—Terminar la academia, que hayas aprobado las oposiciones no quiere decir que ya seas policía. Todavía te pueden echar para atrás, son muchos los que no logran acabar el año en Ávila.



Levanté la mano hacia la camarera para pedir otras dos jarras más.

—Eso está chupado para mí.

—Seguro que sí, pero si yo fuera tú no tendría tanta prisa. En un año, dos como mucho, empezará a funcionar la Europol al cien por cien y con tu juventud seguro que tendrás más oportunidades. No les interesaran sabuesos resabiados.

La camarera nos trajo las jarras e hicimos un nuevo brindis.

—Por cierto aún estoy esperando —comenté tras degustar la bebida recién traída.

Lucía me miró con cara de sorpresa.

—¿Esperando?

—Sí, a que cumplas tu promesa.

—Hoy estoy espesa, ¿qué promesa?

—A dejarme jugar con ellas —respondí con una sonrisa pícara mientras señalaba con mis ojos y cejas a sus pechos.

—¡Lo sabía! Sabía que estabas enamorado de ellas —rió con ganas, poniéndose colorada y casi ahogándose por esto—. Lo prometido es deuda pero todavía vas a tener que esperar un poquito más. Pero te aseguró que antes de que seas inspector jugarás con ellas.

Me tendió la mano y yo se la estreché.

Hoy en día, seis años después, ya soy subinspector y sigo esperando pero no tengo prisa porque más vale una buena amistad que un grato jugueteo de tetas.

Agradecimientos

En primer lugar gracias a la gente de Fuerteventura por su amabilidad, por su paciencia y por la maravillosa isla en la que habitan. Espero que sepan comprender las libertades que he tenido al incluir un par de localidades que no existen, pero que como es lógico eran esenciales para la historia: Villa Juana y el islote del Este.

Quiero agradecer también a Enid Blyton porque con sus libros de aventuras de los cinco me aficioné a las historias de aventuras y misterio. Si no habéis leído sus libros hacedlo, son historias muy sencillas y fáciles de leer que, seguro, engancharán a la lectura a los más jóvenes y noveles lectores.

También quiero dar las gracias a los atrevidos voluntarios que han ido leyendo página a página y viendo cómo la historia se iba modificando hasta llegar a lo que es hoy, gracias a sus correcciones y consejos.

Y por último quiero darte las gracias a ti lector porque, como siempre decimos los escritores, sin vosotros nuestro trabajo no tendría sentido y, además, nos motiváis a mejorar cada día un poco más. Un abrazo y hasta la próxima.

Table of Contents